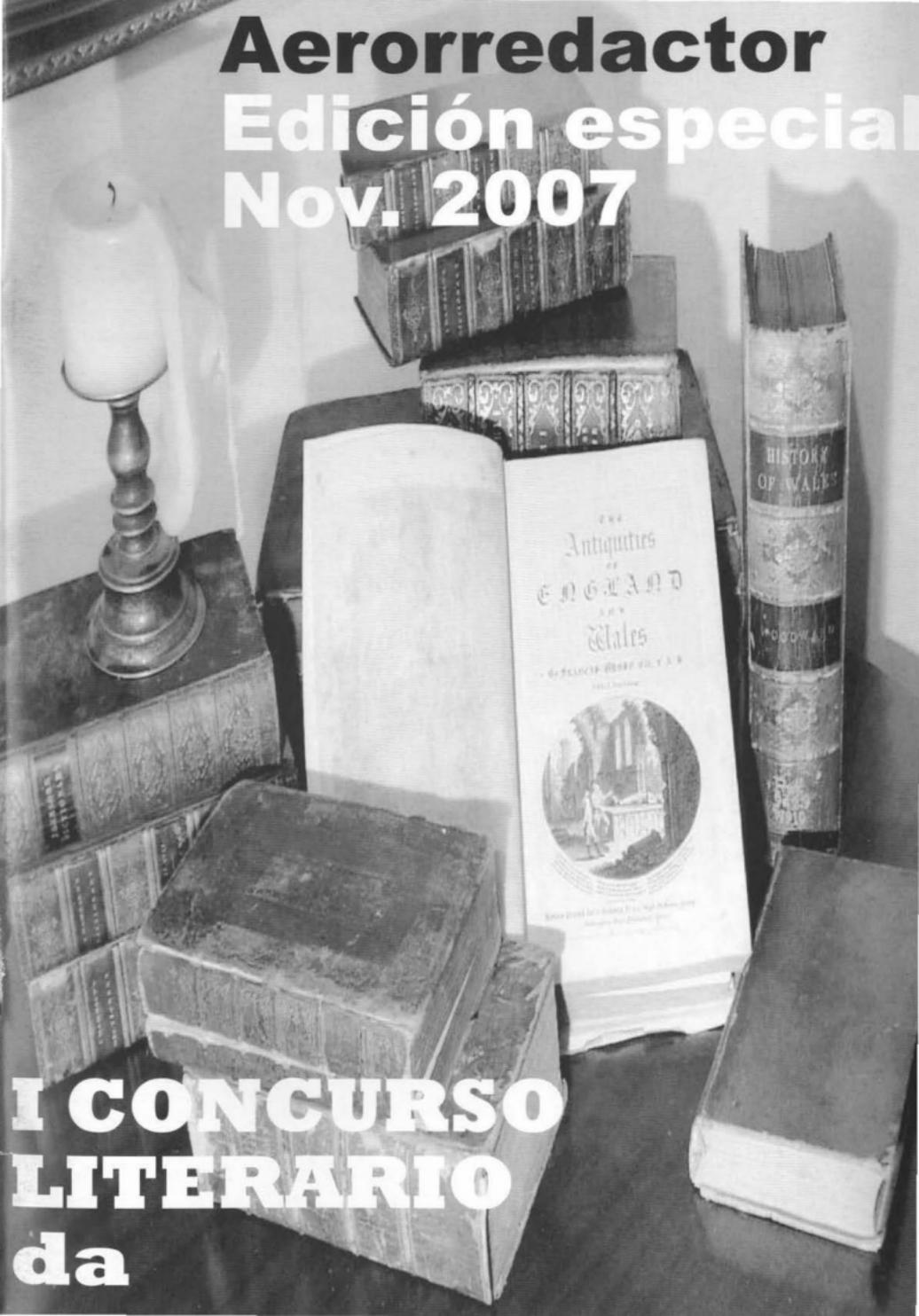


Aerorredactor

Edición especial

Nov. 2007



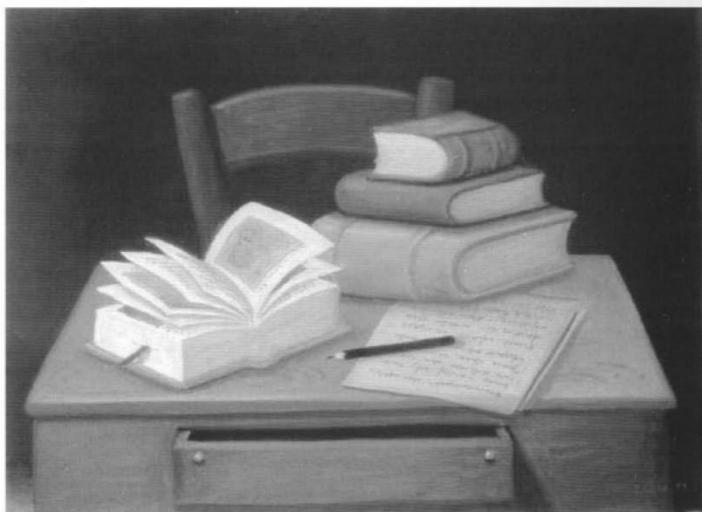
I CONCURSO
LITERARIO
da

Los relatos que se recogen a continuación son los enviados por los participantes en el I Concurso Literario de la Delegación de Alumnos de la Escuela Superior de Ingenieros Aeronáuticos.

Con este concurso la Delegación pretende fomentar la participación de todos los miembros de la Escuela en sus publicaciones, así como recoger y mostrar la inquietud por la literatura que existe en ella y se viene manifestando a través de las colaboraciones en los distintos números del Aeroredactor.

Esta publicación también pretende ser una muestra de agradecimiento a todos los participantes y una forma de animarles a continuar con su afición a la literatura. Esta escuela está llena de ingenieros, pero también de artistas y creadores con muchas cosas que decir. A todos ellos muchas gracias.

Delegación de Alumnos de la ETSIAeronáuticos.



Noviembre de 2007
Publicaciones da

Cuadros en una exposición

He vuelto de viaje. En el autobús, de regreso, se terminaban de mezclar las experiencias vividas; componiéndose, en instantáneas, como los cuadros en una exposición. Con la cabeza apoyada en el cristal, rebotando sobre éste con cada bache de la carretera, parecía que en cada uno de los lienzos todavía se moviesen personas para ocupar su lugar, como si quisieran de algún modo cambiar a última hora alguna de sus palabras, de sus acciones... ¿O quizá lo quisiera yo?

Haber hecho este o aquel comentario gracioso y oportuno, y no ese otro que me dejó ruborizado y en ridículo. Haber sido más valiente, más temerario, más rápido y menos callado. Sí, estas obras parecen querer seguir hablándome aun después de haber sido pintadas.

Hay una sala elegante, con luz homogénea y tenue, de suelos de mármol y paredes de lujoso papel pintado. Una sala de apariencia perfecta, donde se cuelgan cuadros de trazos perfectos y perfectos marcos. Cuadros que cuentan la historia de un joven inocente. Un muchacho bienintencionado y educado, de gesto pausado y palabra corta. Alguien que pasaría desapercibido si no fuera porque su presencia es una constante en el conjunto artístico.

Hay pintadas escenas de grupo, de amigos divirtiéndose, cenas, copas, juegos y fiestas. Se le ve en ocasiones con una chica risueña, más o menos de su edad; forman una hermosa pareja. En algunos cuadros están retratados solos, abrazados, cogidos de la mano, cruzando cada uno un brazo por detrás del otro... Pero a partir de una de las obras, da la sensación de que se nos cuentan dos verdades.

Lienzos, que muestran los mismos equilibrados y ultrarrealistas trazos que sus predecesores a primera vista, hacen visible, al cambiar el punto de observación, filigranas oscuras que emergen como si se hubiera pintado encima de ellas después. Es una mancha que va creciendo de cuadro en cuadro, naciendo del rostro de la joven y contaminando toda la extensión en la última tela. La expresión de ella apenas cambia, la de él, nada; la actitud cariñosa permanece. Pero yo no puedo permanecer impasible, ¡quiero saber más! Hasta dar con la realidad: tanto los colores limpios y suaves de la superficie, como los borrones ocultos bajo ellos, corresponden a dos historias simultáneas.

Son manchas en blanco y negro. Plasmadas con mentiras y engaños, con falsas promesas y compromisos rotos. Sin embargo, el muchacho no es consciente, no distingue en la sonrisa de su novia, en esa curva de sus labios sutilmente forzada, el distintivo de su doble sentido. ¡Quiero gritarle! ¡Avisarle! Pero mi voz no es audible en esta exposición, es más, no hay nadie para oírla. Y los cuadros, que antes parecían vivos, ahora son sólo postales. El intento de interactuar con ellos los ha congelado, los ha dejado mudos y estáticos. Como si la habitación entera reaccionara a mi presencia, me ha dejado claro que no tengo control alguno sobre ella.

Existe también una segunda estancia, muy diferente a la anterior. En esta la iluminación es a base de claroscuros. Sombras que juegan con las luces, que o bien caen a plomo desde claraboyas o son proyectadas por un halógeno solitario aquí o una lámpara mal situada allá. Los cuadros no parecen ser protagonistas en esta ocasión, lo es toda la sala en conjunto; el polvo, las telarañas, las paredes agrietadas, los marcos carcomidos. Marcos desiguales, estrambóticos y horteras; marcos que sujetan una

historia muy distinta a la anterior, a base de puntos o líneas, de brochazos o insinuaciones... es difícil ver.

Retratan una noche de verano madrileña; una noche entre Gran Vía y Montera, una noche repleta de garitos y locales de fiesta, de gente divirtiéndose y de algunas, y no pocas, mujeres que cambian placer por dinero. De nuevo el protagonista es un joven. El de ahora tiene un gesto sereno, pero es sólo fachada, su mirada le delata. Avanza con paso firme disimulando sus pensamientos. Hasta que un siseo le devuelve a la acera, y como si volviese a percibir su entorno, se fija en ellas.

En una pintura, el muchacho difuminado en primer plano, con la mirada perdida en aquella esquina populosa. En otra, ellas formando un grupo, como cobijadas bajo la cornisa, no parecerían lo que son, de estar en una posición distinta. Hubieran pasado por un grupo de chicas divirtiéndose. Después, un cuadro para el encuentro, otro lienzo para el paseo. Y una obra más para un automóvil blanco acelerando Gran Vía abajo; representado como si fuera el objetivo de una fotografía movida, de un comic. Pero fuera del vehículo se ven garabatos de bullicio y alboroto, dentro, hay pintada una calma tensa.

Más adelante hay un grabado pequeño, casi oculto por un pedazo de papel desprendido de la pared, escondido como si la creación no quisiera ser descubierta. En él, se distingue el contorno de dos manos unidas apenas por dos dedos. Ocupan sin duda la plaza central trasera del coche. Un cuadro posterior nos lo confirma. En este se ve a la pareja. Ella, con la vista al frente y una expresión casi indiferente, está segura de cuáles son sus intenciones y su papel; sabe a esas alturas que si se ha quedado con él, no es únicamente por dinero y puede que ni siquiera por placer. El, al otro lado, tiene, con todas las fuerzas de las que es capaz, su alma aferrada a un salvavidas, aunque desde fuera sean tan sólo dos dedos los que manifiesten esa unión. Un flotador provisional y circunstancial, para evitar ahogarse en su dolor. Pero la mujer, quizá pocos años mayor que él, se deja llevar. ¿Formará también esto parte del trato?

En el último cuadro, el joven, con los ojos vidriosos, está mirando al exterior. Con la cabeza apoyada en el marco de la puerta, ve como pasa Madrid vibrando con cada irregularidad del asfalto. El trayecto le tiene como en un estado de trance, casi temiendo llegar a su destino...

Estoy de vuelta, y tengo la sensación de que sólo en parte. El viaje me ha tenido mecido en ensoñaciones, deseando no llegar al final. Me hubiera gustado seguir paseando por esas habitaciones, descifrar el significado de los pasillos que las unen, lo que ocultan las puertas cerradas. Continuar observando mis cuadros, mis retratos; intentar comprenderlos. Ver cómo mudan, con el tiempo, algunos de sus colores; cómo se van introduciendo unos lienzos dentro de otros; y de ese modo, se justifica y se rehace la memoria. Puede que así sea capaz, por fin, de aprender de ella. Quizá entonces, esté en condiciones de afirmar que he vuelto.

Presentado bajo el seudónimo: blaurblaurblaur
Autor: Jorge Martínez San Martín
Primer premio



DETRÁS DE ALGUNOS SUEÑOS

Se llevan las actas. Vuelvo a quedarme vacío otra vez. Éste, no fue un buen Septiembre. En realidad, recuerdo pocos que lo fuesen.

Los que llegan, no me miran. Probablemente, ni siquiera sepan que existo. Pero para los demás, no soy invisible. Algunos, desvían la vista instintivamente. Aunque también los hay que sacan pecho y levantan la cabeza. Los que acabaron, casi siempre suspiran, y me regalan una discreta sonrisa cómplice, que les delata.

Ese que ahora entra, ha visto muchos otoños con la tiza en la mano, pero, ¿sabes? Los años no se han llevado esos aires bohemios y ese mirar tímido que tanto le distingue.

Fuera, la lluvia desenmascara la rabia que trae el estrés. A esa chica rubia, le sientan muy bien el gorro de agua y las botas de goma. Es la misma que el jueves lloraba, y se escondía bajo su jersey morado, después de pasarse por aquí.

Hoy es otra. Mira al frente serena, y sus pasos resuenan como una de Mozart, en un Septiembre mojado.

Aquí renacen, y se hacen. Aprenden a no temer, y a levantarse con soltura cuando resbalan. El camino no espera, y entre piedra y piedra, se quedan muchas lágrimas, y también algún que otro sueño. Porque todos sueñan. Si no, ¿Para qué todo esto? Unos, con un coche caro y un vestido de Chanel ; otros, con intuir por qué brillan las estrellas, y los más idealistas, con cambiar el mundo.

Es bonito verles andar, bañados en un mar de dudas, con ese dulce horizonte al frente, que les invita a nadar contracorriente para ver qué hay más allá.

Este curso que entra, siguen dando guerra los épsilon, y los nuevos no dejan de ver la escuela como el sueño americano. Derrochan ambición y talento... Quizás aún no sepan que para quedarse, también hace falta mucho trabajo.

Algunos se van, y no me da tiempo a conocerlos. Lo peor es cuando se van pronto, naufragos que no llegaron al cinco, o huérfanos de un trabajo que se durmió aquel sábado. Otros , aguardan con vendas un curso más próspero.

Para los que la escuela no es una posada, la verdad es un arma que quema, pero ninguno se la olvida bajo la almohada.

Ya empieza a hacer frío, y a retrasarse el alba. Hoy me adornaron con nuevas sentencias. Nada que les deje indiferentes. Para algunos pocos, un soplo de aire fresco. Para la mayoría, la certeza que trae dudas y preguntas molestas, casi siempre sin respuesta. Sólo les queda confiar en que después del invierno, llega la primavera, y encender una vela que ilumine sus pasos, para convencerse de que aún caminan.

La escuela como siempre enseña. Toda señorita tubo ampollas en los pies el día que estrenó sus primeros zapatos de tacón. Es difícil y duele, y a mí también me duele verles sufrir.

Pronto, empiezan a mirar desde abajo, y aprenden a llorar por dentro y a respirar cuando sube la marea.

Dicen los que acaban, que merece la pena. Que después de la tormenta, la vida te acuna, y puedes mirar al cielo tranquilo, escuchar la lluvia sin mojarte y hasta ver en lo oscuro.

Yo, los quiero a todos. A todos, porque son únicos, y la luz de la diferencia no les saca del saco. Porque el país puede confiarles su suerte. Son ellos los que tienen poder y sobre todo saber para poder cambiar las cosas.

Ya sale el sol, y el heavy melencudo por fin se despojó de su chaqueta de cuero. La rubia, vuelve a despertar pasiones con su minifalda vaquera, y sus ojos color de mar. Y esos que tanto se quejaban, no quisieron marcharse, ni con el título bajo el brazo. Ahora, hacen de la tiza y la palabra camino y satisfechos, los ven crecer. Como yo lo llevo haciendo tantos años. Y aunque se repitan historias, y me hagan sentir juez de una carrera que no perdona, no lo cambio. Ni por ser kilómetro cero, ni siquiera Torre Eiffel. Me quedo con mi puesto de hito de la autopista de los sueños, de tablón de notas de la Escuela de Aeronáutica. Al fin y al cabo, ¿Quién sabe? Quizás algún día la rubia me regale una sonrisa.

Presentado bajo seudónimo como: Halia

Primer finalista



LA SONRISA DE LA PRINCESA

Hace cientos de años, en una época de dragones y princesas, una historia de amor floreció en un jardín de espinos sin apenas conocer la luz del sol. En aquellos días de prosperidad gobernaba el sabio y bondadoso rey Testos, que con blanda pero a la vez implacable mano conseguía mantener el imperio de la tristeza lejos de su amada gente. Un imperio que ya desde el principio de los tiempos intentaba cubrir con su fúnebre crepón los coloridos campos del reino de Largos. Testos había conseguido que la orgullosa Posia, emperatriz del desconsuelo, hubiera fracasado en todos sus malvados planes y después de mucho tiempo de tranquilidad habían llegado a creer que la penumbra que acechaba la alegría de su juventud había desaparecido.

En los años de paz siguientes, el rey se había casado con una hermosa noble de la corte, y fruto de su amor nació una preciosa niña de áureos cabellos y ojos esmeralda cuya enternecedora sonrisa bendijo con la felicidad a sus padres. Grandes festejos se celebraron en el día del bautizo de la princesa Marianela y miles de regalos inundaron las salas del palacio, pero ninguno tan inmenso como la ternura de los gestos de la futura reina.

Los años pasaron y la frágil princesita se había convertido en una hermosa joven que aún conservaba esa mirada de inocencia infantil en sus ojos y el halo de dulzura que sólo envuelve a los más puros de alma. Había crecido rodeada de cariño y con una curiosidad siempre insatisfecha; su pasión siempre habían sido los libros y desde que fue capaz distinguir las palabras, había vivido inmersa en la lectura de maravillosas historias que la transportaban a lugares lejanos, marco de ardientes pasiones y grandes tragedias. Solía refugiarse del ruidoso mundo de la corte en las ruinas de un monasterio cercano para poder deleitarse con ese fuego que le quemaba las entrañas. Su gran sensibilidad para la escritura había dejado atónitos a los más doctos que la habían escuchado: “¿Qué es el amor? Nada hay en el mundo que sea para mí tan sospechoso como el amor, pues éste penetra en el alma más que cualquier otra cosa. Nada hay que ocupe y ate más el corazón que el amor. Dulce sentimiento de pena por la ausencia del ser amado que se parece peligrosamente al sentimiento que experimenta quien se aparta del estado de armónico y perfecto que distingue la vida de la melancolía”. ¿Cómo podía una joven que aún no conocía el mundo describir con tanta facilidad un concepto del que se habían escrito tantos y tantos libros?. Sin duda su corazón debía estar lleno de amor.

Pero no toda su infancia la había pasado entre libros; había corrido por las praderas y se había bañado en el río, había soñado con ser pájaro y salir volando de allí y había jugado en el robledal, siempre inmersa en el utópico mundo que ella había creado.

Durante los años que habían pasado, la emperatriz del desconsuelo también había sido madre de un joven de cabellos azabache y mirada triste: Julien. Y a diferencia de la alegre princesa, él había crecido alimentado por el odio de su madre, educado en el rencor a los hombres. No conocía la pureza de los sentimientos que brotan del corazón, no los había podido sentir en los besos de una madre, en las caricias de un padre o en la mano tendida de un amigo. Ignoraba la necesidad de llenar su alma de amor puesto que nunca había sentido su calor rozando su joven cuerpo.

De naturaleza solitaria, solía pasear por el mismo robledal en el que había jugado la princesa. Paseaba observando la luz que iluminaba todo, preguntándose porqué no bañaba también su interior. Sumido en sus pensamientos llegó a un claro próximo a un manantial donde encontró a una figura dorada que repetía en voz alta: “amor... ¿qué será tan extraño sentimiento?... palabra que oigo repetidamente y sin embargo sospecho pocos conozcan...”. Sin darse cuenta, Julien comenzó a acercarse a ella y silenciosamente se arrodilló a su lado y suavemente la susurró: “ ¿qué es lo que describes? ¿continúa por favor!, necesito saberlo”. Asustada, la joven, que no era otra que Marianela, se giró y encontró frente a ella unos ojos dorados que la observaban con la emoción de una primera puesta de sol. Cautivada por esa mirada ansiosa de conocer, permanecía inmóvil, a la vez que el joven Julien extendía su mano y acariciaba la suave piel de su rostro. Al sentir el tacto del los dedos sobre ella, todo su cuerpo se estremeció y no pudo mas que cerrar los ojos y deleitarse con el dulce aroma de los cabellos negros de su acompañante. De repente abrió los ojos y sin balbucear palabra alguna, se puso en pie y se alejó rápidamente de allí.

Cuando Julien llegó al castillo de las sombras, no podía dejar de pensar en la joven y en sus palabras. Inmerso en estas divagaciones llegó su madre. Posa se acercó a su hijo y al mirarle descubrió que la tristeza de su mirada había sido reemplazada por un sentimiento de felicidad que solo existe en quien por primera vez ha descubierto el amor. Intrigada por lo que le había podido suceder a su primogénito aquella tarde, no dudó en preguntarle. Julien alzó la vista intentando responder a lo que ni siquiera él sabía si era real. Pero sus ojos, dorados y asustados, parecían escaparse de la mirada ansiosa de su madre.

Aquella noche fue eterna para ambos jóvenes, que no podían desterrar de sus mentes las imágenes de su encuentro, alimentándose en ellos la necesidad de volverse a ver. Por eso, cada uno de ellos decidió regresar al día siguiente al mismo claro del bosque.

En el momento que el sol se ocultaba a la misma altura que el día anterior, los dos enamorados, Julien y Marianela, llegaban al claro. Al verse, se cogieron de las manos y mirándose a los ojos, se declararon amor eterno.

Sin embargo, cada día que pasaba, la preocupación de Posa aumentaba; no comprendía la extraña actitud de su hijo, su frialdad y reproches se habían vuelto frecuentes. Como mujer orgullosa, necesitaba conocer el motivo de sus salidas, saber si estaban relacionadas con el raro comportamiento de su hijo, distante de todo lo que ella había querido inculcarle a lo largo de los años. Por eso, ofuscada por este intranquilo malestar, decidió seguir todos los pasos de Julien.

Era una tarde de verano en la que el sol brillaba con más intensidad que nunca, mientras que Julien y Marianela corrían entre los centenarios robles hasta que, rendidos por el cansancio, se sentaron junto al manantial para poder sentir el frescor que emanaba de él. Hacía tanto calor que decidieron bañarse. Y así, el uno frente al otro, con las manos unidas, se adentraron en la cascada. Se abrazaron bajo el torrente luminoso del agua y permanecieron bajo él hasta que sus cuerpos estuvieron completamente mojados.

Cuando salieron de la cascada, se vieron reflejados en el agua y se dieron cuenta de que toda la luz del sol caía sobre sus cuerpos. Había tanta alegría en ellos, que apenas podían contener la risa. Y entonces se tendieron sobre la hierba, uno en brazos del otro, y sintieron que se conocían desde un tiempo remoto.

A su regreso, Julien encontró a su madre esperándolo con la intención de persuadirle para que dejase de ver a la princesa. Posa se sentía impotente a la vez que se preguntaba cómo podía Julien haberse enamorado después de haber vivido rodeado de odio y rencor, especialmente hacia la corona del reino. Tras intentar convencerlo con unas engañosas caricias y obtener a cambio solamente indiferencia, la ira de Posa desembocó en una explosión de histeria: si su hijo se negaba a abandonar a Marianela por su propia voluntad, se haría por la suya. Así que decidió acabar con ella; si aquella sonrisa eternecedora había logrado cautivar el corazón del príncipe de las tinieblas, tendría que borrarla de la faz de la tierra.

Ante la atónita mirada del joven enamorado, la emperatriz del desconsuelo estaba dispuesta a robar la sonrisa de la princesa. Unas lágrimas derramadas por el primer amor que nunca fue, un desgarrador grito de desesperación, un suspiro por un hijo que no regresa y unas gotas de oscuridad eran suficientes para eliminar el lucero de Julien. Un par de palabras en la lengua perdida de los antiguos druidas y todo estaría listo. Mientras recitaba este conjuro misterioso con los brazos extendidos hacia su iluminado testigo silencioso, una lágrima de rencor o quizás una pequeña muestra de sus casi exiguos sentimientos de nobleza recorría su mejilla. De pronto de oyó un grito seco y entrecortado y en unos pocos segundos la sonrisa de Marianela se encontraba en el regazo de Posa. Ésta la tomó cuidadosamente y la depositó en un cofre cuya única llave colgaba de su cuello.

Cuando Julien oyó esa llamada de angustia, comprendió que la amenaza de su madre se había vuelto realidad. Con la esperanza de no llegar demasiado tarde, corrió al encuentro de Marianela, pero la encontró envuelta en un panorama desolador. Tendida en el suelo, ocultaba el rostro tras sus manos mientras finísimas perlas nacaradas brotaban de sus ojos. Al verlo frente a ella, apartó las manos e intentó ponerse en pie para acercarse a él, pero no consiguió alcanzarlo. Julien no creía lo que estaba viendo, ¿dónde estaba la sonrisa que lo había cautivado?. Aturdido, salió corriendo de allí y no paró hasta llegar al robleal.

Durante el tiempo que transcurrió impasible desde el último encuentro, todo había cambiado mucho; Marianela se había vuelto introvertida, ya no paseaba por el viejo robleludal ni se dejaba arrastrar por la magia de miles de libros por leer, se había encerrado en una gran campana de cristal que sólo podía devolverle el repicar de sus pensamientos sobre el paradójico dolor del amor. Por su parte, Julien recorría todos los días cada uno de los lugares en los que había estado con Marianela, recordando las promesas de amor eterno que se habían profesado.

Un día, sin darse cuenta, una extraña magia empujó a ambos enamorados hacia su manantial. El verano había regresado y su embriagador perfume bañaba el ambiente. El paso de las estaciones no había alterado la armonía del agua que caía de la cascada, y Marianela sintió la necesidad de dejar que parte de esa armonía invadiera su cuerpo. Quitándose las ropas que la envolvían, sintió una vez más que el frescor la envolvía, sumida en esa cristalina tranquilidad, no vio una silueta familiar que se acercaba. Era Julien quien, pensando que la figura de Marianela era un espejismo producido por el calor de la tarde, quiso que la pureza de la fuente lo contagiase también a él. Cuando los dedos de Julien rozaron la espalda de la princesa, ambos notaron que su presencia era tan real como el invisible lazo que los unía. Con mirarse a los ojos descubrieron que por muy hermosa o cautivadora que fuera, una sonrisa robada no podía separar a dos personas que habían descubierto lo hermoso que era el cuerpo amado cuando se acaricia. Una vez más, el lento discurrir de las limpias aguas había sellado su amor inmortal.

Al tiempo que un beso encerraba este renovado amor, la llave que guardaba el más valioso tesoro del mundo, se hundía en el pecho de la dama de la tristeza, intentando encontrar en su interior el calor de un pequeño corazón aún latente. Y mientras en su interior oía la voz de un buen dios que le brindaba la oportunidad de arrepentirse de todo el mal que había causado, le ofrecía una puerta abierta a un mundo que ella nunca hubiera conocido. Posia cogió su mano amiga y lo siguió.

Poco tiempo después, junto al cuerpo yacente ya sin vida de Posia, encontraron el cofre de la sonrisa perdida y una carta dirigida a Julien que decía así: "Ama hijo mío, ser feliz se reduce a eso. Hazlo sin miedo a pasarte, hasta sentir que te duele tanto que incluso tu corazón sangra de dolor. Ama cada día como si nunca más lo fueras a hacer aunque todo te invite a no hacerlo. Y sé tan feliz que sin decirlo se te note. Nunca olvides hijo, que un poco de amor puede ser como una gota de agua que da fuerza a la flor para ponerse en pie otra vez..".

Y así fue como gracias al amor puro y sincero de dos jóvenes llenos de esperanzas e ilusiones, acabó el imperio de la tristeza que durante tanto tiempo había amenazado tan hermoso reino. Todavía hoy en Largos se recuerda con dulzura aquella sonrisa que devolvió la paz a las humildes gentes de esas tierras.

Presentado bajo seudónimo como: Tida

Segundo finalista



VACÍO

Se le olvidó morir. Cayó el último grano de vida en su reloj, exhaló apagada y quejumbrosamente, se abrieron para él las puertas del Averno y Hades esperaba detrás ofreciéndole un último y eterno abrazo. Ya las sombras de la noche, como buitres sin alma, se deslizaban ansiosas sobre él esperando su carroña. Todo se había cumplido. Pero a él se le olvidó morir.

Y tan atípica circunstancia no era en realidad asombrosa o inesperada. De haber habido quienes realmente le conociesen, quienes hubiesen sacrificado el tiempo necesario para escudriñar en el fondo de su alma, no se habrían extrañado por lo que no era sino inevitable consecuencia de los senderos de una vida marcada por la adversidad. Incluso la simple compañía de un congénere podría haber sido la moneda con que pagar a Caronte su travesía por el Estigia, la condición sin ecuaníme para alcanzar paz en las sombras y descanso en el silencio eterno; el paso firme, en fin, con el que cruzar la débil línea que separa la luz de la oscuridad. Mas no había nadie para comprenderle en esta indefinición, como nunca había tenido ningún hombro en que apoyarse en los momentos de angustia. La soledad había sido su fiel compañera; celosa y absorbente, se aseguró de alejar de su lado a todos sin distinción, como una mano invisible protegiéndole de la compañía y el calor humanos.

Puede que el origen de todos sus pesares se encontrase en su nacimiento mismo, en el fatídico instante en que le fue dada una vida que no habría de arraigar en él. Complicaciones en el parto y unas fiebres posteriores se llevaron a su madre cuando apenas contaba con días en este mundo, que ya desde un primer momento le pareció frío y oscuro, pues nació en una cuadra una gélida noche de enero alumbrado sólo por un pequeño candil. Fue la defunción de su madre lo que sembró en su padre un secreto y envenenado sentimiento de odio hacia su propio hijo, carne de su carne y sangre de su sangre, pero nada más que eso. Carne. Y sangre. La que derramó durante años paliza tras paliza, bofetada tras bofetada, latigazo tras latigazo. Someto a un trato tan cruel e inhumano que no pudo descubrir el mundo como los niños deben hacerlo, libres de miedos y temores, sino creciendo entre vejaciones e insultos que durante años le llevaron a creer que él era en efecto la causa de la muerte de su madre y del sufrimiento de su padre. Cargó sobre sus hombros con la pesada carga de un fatídico revés del destino, y ni la religión ni la penitencia pudieron darle refugio en su desesperación. Sólo los años le mostraron que la vida podía depararle algo más que un tazón de leche por las mañanas y una paliza por las noches. Y al abrigo de la oscuridad, la madrugada de un miércoles cualquiera del mes de julio, salió de su casa sin volver la vista atrás.

Que grande era el júbilo que movía sus piernas, y cuantas las esperanzas que albergaba su corazón. Ante él se abría un mundo nuevo lleno de posibilidades, libre al fin de los remordimientos del pasado. Empezó a germinar en su interior una felicidad ilusionada, que no habría de durar. Porque al igual que las cicatrices de su espalda, los fantasmas del pasado le seguían de cerca, escondidos en su sombra al marchar hacia el sol y refugiados en las cunetas del camino y las copas de los árboles cuando caía la noche y llegaba el merecido descanso.

Quiso el destino, que en todo juega un papel esencial y guía a los hombres por los más insospechados caminos, que dirigiese sus errantes pasos al país vecino. Convencido de que allí el olvido curaría sus heridas y podría volver a nacer a la vida, asentó sus ilusiones y cimentó sus esperanzas en un pequeño pueblo de montaña. Un cielo claro y un sol cálido y brillante. Dos años de efímera alegría. Una sombra negra nunca antes vista. El sol oculto y los oídos ensordecidos. Vasijas de muerte derramándose sobre la tierra. Sangre, polvo y humo. Un bombardeo que no acababa. Y una Guerra que comenzaba.

Ocurre que en los asuntos de los hombres la soberbia y la avaricia ostentan una posición demasiado importante, y los dirigentes de las naciones no dudan en encender odios y abrir heridas si con ello consiguen ensanchar sus bolsas o poner una corona más sobre sus cabezas. Nuevas guerras se alzan, y miles de soldados anónimos son arrojados al campo de batalla con una única consigna: matar o morir. Un juego fácil de jugar, pero difícil de entender. Una partida perdida de antemano, en la que tras cada peón sacrificado hay una vida que se extingue y un vacío que ya no se llenará. La grotesca fiesta de la Muerte en todo su macabro esplendor

Con la espalda apoyada contra la húmeda pared de la trinchera, veía los días pasar. Munición, pólvora y fuego. Explosiones, metralla y dolor. Una rutina que no por habituada dejaba de ser grotesca. El fusil en sus manos era un arma de doble filo, una hoja despiadada que rasgaba un nuevo pedazo de su alma con cada martillazo del percutor. Las balas entre sus dedos le quemaban como hierros candentes, le levantaban ampollas invisibles que no conseguiría curar. Y es que al otro lado del campo de batalla, más allá de los cadáveres de los hombres abatidos en mitad de la sinrazón, luchaban sus antiguos compatriotas, sombras del pasado que le recordaban las muchas penas y las escasas alegrías de su antigua vida. Aunque su historia estaba llena de sufrimiento, no albergaba en su corazón odio alguno hacia aquellos desdichados que vendían barata su vida en el fuego de la guerra. Había sido reclutado para luchar por un país que apenas conocía, para defender unos ideales que no comprendía, y para enfrentarse a unos hombres con los que en un tiempo compartió su existencia. Se le había entregado un arma y una nueva misión en la tierra: ser heraldo de la Muerte, recadero de la Parca, mensajero del dolor. Pero cada vez que apuntaba a la oscuridad de la noche, cada vez que el destello del arma cegaba sus ojos y el estruendo del disparo aturdí sus oídos, cada vez que veía perderse en las sombras sus aguijones envenenados de muerte, rezaba en silencio por errar el tiro, por fracasar una vez más en su ignominioso deber. A la luz del sol nunca fue capaz de disparar el arma, pues no habría podido mirar a los ojos vacíos de un hombre al que hubiese condenado a muerte en un juicio tan efímero que se pudiera resolver en el eterno instante que se necesita para apretar un gatillo.

Tres años de vida le fueron arrancados por la guerra. Le permitió la soledad en ese tiempo hacer amigos, consciente quizá de que, uno a uno, todos terminarían cayendo, primero en el campo de batalla, y luego, en el olvido. Muerte a muerte, se fue quedando sólo como nunca antes lo había estado. Cada vida que veía apagarse, cada alma que partía en su presencia, le robaba una parte de su propio ser. Nunca pudo olvidar a aquel compañero quien, renegando de la violencia y la muerte, salió un atardecer de la trinchera armado sólo de valor y amor. Dos minúsculas balas bastaron para matar a ese soldado, pero tras el cuerpo que moría quedaba una esperanza eterna. Una esperanza que no era para él.

La guerra acabó, pero no así su agonía. Su alma quebrada se deshacía con el paso de los días, y sus esperanzas de juventud yacían enterradas bajo losas inamovibles. Ya no había ilusiones en sus mañanas, ni descanso en sus atardeceres. No le quedaban metas ni su corazón albergaba deseo alguno. Sus retinas, quemadas por el rojo del fuego y de la sangre, ya no querían ver. Sus manos callosas no buscaban la suavidad ni el calor de otras manos. Sus pies se habían cansado de andar. Era un cadáver en vida, y de la misma forma en que la gente vuelve el rostro ante la putrefacción de la muerte, así todos se fueron alejando de él. Un difunto que respiraba, comía y dormía. Una contradicción que vagaba sin rumbo fijo. Una aberración que desafiaba las leyes del mundo. Y cuando, llegada su hora, se presentó la Muerte ante él para reclamar lo que por derecho le pertenecía, ésta se dio cuenta de que no podía llevarse de nuevo un alma que ya era suya. Su vida había sido una agonía tan lenta pero inexorable, que la propia muerte no era sino una formalidad, un trámite innecesario y estéril. Así que, en la enésima hora, incluso la Muerte le abandonó, privándole del descanso último y condenándole a sufrir sus penas por toda la eternidad. Una eternidad vacía como el fondo de sus ojos, incapaces ya de reflejar un alma disuelta en el dolor.

A la mañana siguiente volvería a levantarse. Volvería a su rutina. Volvería a cruzarse con las mismas personas. Las personas que pasaban cada día a su lado sin verle. Las personas que nunca se decidieron a acercársele. Las personas que podrían haberle rescatado de las garras del dolor. Nunca nadie se daría cuenta de su contradicción. Nunca el destino le otorgaría indulgencia. Nunca hallaría paz. Nunca.

Presentado bajo seudónimo como: Mensajero de las Sombras



Un ángel sin alas...

Todos tenemos un ángel en algún lugar,
una persona que nos ayuda, nos guía
y esta dispuesto a contagiarnos su alegría
ofreciéndonos ese hombro sobre el que llorar
en el momento en el que lo necesitamos.
Muchas veces nuestros ángeles vuelan alto;
tan alto, que nos resulta imposible mirar
porque el Sol nos ciega, y no sabemos donde están,
pero es que a veces sólo debemos esperar;
y con suerte, ellos nos acaban encontrando.
Bien es cierto que cada vez hay menos:
los ángeles ya no alzan el vuelo,
y no buscan a sus seres amados
con la vieja pasión y el antiguo anhelo.
¿Dónde esta el Paraíso, donde podré al fin
reencontrarme con mi viejo ángel querido?
Sé que le acechó la muerte,
sé que su vuelo ha vencido...
Porque ha perdido sus alas,
y ya del cielo ha caído;
porque yace ya para siempre
durmiendo en su lecho de muerte
mi viejo ángel querido.
Se perdió su sonrisa en mi memoria,
se olvidó de volar en el olvido,
Perdió sus alas, quizá para siempre,
Mi viejo ángel querido.
Te quiero, te quise y siempre te querré,
pero ahora he de seguir solo mi camino,
no tendré miedo a lo que me depare el destino;
me has abandonado, para ya jamás volver.
Alguna ráfaga de viento traicionero
te arrojó al eterno destierro,
y aunque ahora me lamento
porque solo puedo llorar junto a tu lecho,
he de reconocer la verdad:
Solo tú decidiste dejarte llevar,
Solo tú decidiste no volver jamás.
Me hizo feliz caminar contigo
y no me arrepentiré jamás
de haberte conocido,
pero debo decirte que lo que fue,
jamás será lo mismo.
Ahora solo serás por siempre jamás
Mi viejo ángel querido.

*"Para que ningún ángel pierda su rumbo,
Por mi viejo ángel sin alas"*

Presentado bajo seudónimo como: Boturo Boturo

El primer paso

A diez metros de aquí. Tal vez veinte, tal vez treinta, pero de todos modos mucho más cerca de lo que uno puede imaginar. Una mente dando vueltas al límite del colapso. Protegiéndola, un cuerpo endeble: bajo o alto; hermoso o feo; joven, adulto o anciano. Eso sí, lleno de energía.

Erguido frente a lo desconocido, con dos especulares ojos clavados en el más absurdo vacío, pantallas del más frío metal que los rodea. Sus extremidades, entumecidas por la inactividad, empiezan una compulsiva contracción que acaba por convertir su contorno en un pétreo escorzo barroco, dejando al descubierto las huellas que el tiempo ha tenido a bien dejar en su rostro. La fragilidad al descubierto en su máximo exponente.

En su interior, arde una falla de sentimientos estallando al son de los golpes de tambor que se ahogan en los estrechos capilares por los que desean pasar. Necesita aire: la leña húmeda arde mal, el deshollinador entró en huelga hace ya demasiado; los impulsos fallan. El aparato digestivo se amotina, no da abasto, y ya en números rojos da la orden de cerrar hasta nuevo aviso. ¿Quién es capaz de controlar a quién?

Con todo este disturbio, no tardan en llegar los problemas: el ambiente se caldea hasta hacerse irrespirable. La piel, cual olla a presión, filtra emociones que se perderán en el poluto aire que la envuelve. Desde la frente, una tímida gota comienza su personal huida en busca de una vida mejor, no por el camino más rápido, sino por el más seguro, aquél por el que se unirá a sus camaradas de la mejilla para alcanzar la libertad. Pero hay caminos que no tienen salida, y el inexorable hado se impone, hasta que todas caen al vacío desde una barbilla donde verán sus sueños volar. CAERÁN, caerán, caerán ... lentamente hasta estrellarse en mil pedazos.

Aún así, su muerte no será vana, el estruendo provocado despertará a los dormidos, los engranajes serán lubricados y el espectáculo podrá dar comienzo. Paulatinamente, todo volverá a estar bajo control. O no.

Cuán difícil es dar el primer paso, y cuán fácil es tropezar.

Presentado bajo seudónimo como: Más de 300



LA SOMBRA DE MIS SUEÑOS

Corría desesperadamente entre los troncos de los árboles. La densa oscuridad que inundaba el bosque era tan sólo atravesada por la luz irradiada por la luna llena. Huía aterrizado por lo que nunca he llegado a comprender. ¿Qué era aquella figura, aquella sombra más oscura que la negra noche, que me atormentaba sin descanso por una razón desconocida? Seguí corriendo mientras las fuerzas me lo permitían. A mi alrededor, se escuchaban llantos desgarrados acompañados de un espantoso eco que mis oídos apenas podían tolerar. Sentía la presencia de la sombra cada vez más cerca, pero ya no podía ir más rápido. De fondo, los gritos iban desapareciendo poco a poco. Extraño fue cuando al hacerse el silencio, mis piernas se quedaron inmóviles, aunque mi voluntad era seguir corriendo. Presentía que la sombra se iba acercando. El silencio dejó paso al sonido de trompetas. La débil luz lunar sólo me permitía distinguir los contornos de los árboles cercanos que me rodeaban. Las trompetas se escuchaban con más fuerza, y yo percibía que la sombra estaba ya muy próxima, al acecho. Mi nombre empezó a retumbar en el lóbrego bosque: "Byron, Byron, Byron...". Cada vez con más intensidad, la repetición de mi nombre se tornaba rítmica. Entonces noté cómo la sombra se iba a arrojar sobre mí por la espalda, pero el grito de mi nombre terminó con el sueño. Me desperté en la tienda de campaña. Los otros hombres seguían durmiendo.

El oficial estaba fuera gritando:

- ¡Byron! ¡James! ¡Allan! ¡Despierten gandules! ¿Es que no oyen las trompetas? ¡El ejército francés ha desembarcado! ¡Levántense, cojan sus mosquetes y vayan a la formación!

Luego se alejó dando voces:

- ¡Venga, todos a la formación! ¡Rápido!

Alivio fue lo que sentí cuando desperté de tan espantosa pesadilla. Me levanté, y rápidamente me puse la casaca roja, cogí el mosquete y salí corriendo de la tienda mientras los demás se estaban empezando a levantar.

En alineación y mientras el sol se elevaba por encima de los bosques americanos, toda la infantería británica se dirigía al campo de batalla. Tres mil soldados con fusiles, acompañados por un destacamento de quinientos dragones, la temible caballería armada británica, marchaban al rápido ritmo de los tambores hacia una colina para interceptar al ejército francés. La pesadilla que había tenido esa noche no era la única, pues hace años que la misteriosa sombra atormentaba mi mente en las tranquilas noches destinadas al sueño. Los bosques eran la morada de esa figura sombría, y aunque tal vez fuera sólo una pesadilla repetitiva, aquella mañana no podía evitar estar atemorizado por los bosques. En unos minutos, los dejamos atrás y entramos en un vasto territorio verde, tan sólo salpicado por arbustos y colinas. Al este, a donde nos dirigíamos, el mar reflejaba la luz del sol, que ya se elevaba dominante por el cielo azul limpio de nubes.

Pero esta decisión no me procuró tranquilidad alguna como poco después comprobaría. Mientras estaba trasladando a un herido bastante grave, procuraba no observar sus muecas de dolor ni oír sus gritos que tanto me recordaban a mi último sueño, que me estaba haciendo pasar el día como una verdadera pesadilla. Como si alguien leyera mis pensamientos, en ese instante se me apareció la sombra. Andaba por delante de mí, encapuchada y envuelta en un manto negro, ausente de luz aunque fuera mediodía. De repente, se detuvo, al igual que yo, que temeroso e incrédulo, no entendía qué estaba experimentando. Se dio media vuelta dejando al descubierto la hermosa cara de una mujer. Tan grande fue la sorpresa que me llevé como la belleza que emitiría la misteriosa sombra de mis pesadillas, cuyo rostro descubrí entonces que era humano. Su tez blanca contrastaba con los negros cabellos y largos que rodeaban su cara, con las mejillas ligeramente sonrosadas. Tenía unos ojos muy oscuros, pero grandes y con un gran poder cautivador.

La nariz era pequeña, al igual que sus labios, aunque éstos tenían un llamativo color rojizo y de exuberante sensualidad. Esbozaba una sonrisa ambigua dejando entrever unos dientes blancos y aparentemente perfectos. Estaba totalmente estupefacto de que el temor atormentador de mis pesadillas pudiera ser tan hermoso. Sin embargo, no lograba interpretar su enigmática sonrisa. De repente, desapareció, desvaneciéndose en el aire. Sin darme cuenta, ya había empezado a andar, aunque lo más seguro fuera que no hubiera estado parado y que lo ocurrido no fuera más que una alucinación producto de la tensión de la batalla. Tras dejar al herido con los cirujanos, el ejército reposó unas horas, y luego volvimos al campamento.

Todo el mundo estaba celebrando alegremente la victoria militar, excepto yo. Sentado en la tierra, iluminado por un débil fuego en la fría y oscura noche, pensaba absorto en la sombra que resultó ser una misteriosa mujer. En ninguna de mis pesadillas había observado el rostro de la sombra. Estaba mirando las llamas rojizas y al mismo tiempo ensimismado en mis reflexiones cuando repentinamente el fuego se apagó. Reaccioné un instante después. Tan sólo iluminado por la luz de la luna, observé que el campamento estaba completamente vacío. Sin embargo, el sonido de pasos cerca descartó mi absoluta soledad. Me puse de pie ágilmente agarrando el fusil ya armado. Los pasos procedían de mi derecha. Giré la cabeza y entonces la vi saliendo del bosque que rodeaba el campamento. Era la sombra, la del rostro de mujer. Nunca estuve seguro de lo que era realmente, ni tan siquiera de que existiera en realidad. Me miraba fijamente con sus oscuros ojos y brillantes a la luz de luna. Su sonrisa seguía siendo enigmática. Con un gesto me indicó que la siguiera. Dio media vuelta sin dejar de sonreír, y se adentró en el bosque lóbrego. Yo la seguí, armado con el fusil y unas pequeñas reservas de valor. A pesar de la oscuridad que reinaba en el bosque, pude vislumbrar a la sombra, que andaba unos metros por delante de mí. Al poco, empezaron a oírse risotadas de un carácter vil y malvado. Yo me estremecí, paralizándome por el temor. La sombra, se detuvo también, dio media vuelta y me instó otra vez a continuar andando. Intentando hacer caso omiso de las carcajadas, continué andando. El poco valor que tenía se había esfumado. Un sobresalto más, y habría sucumbido al pánico. Todo sonido cesó cuando llegué al destino a donde me llevaba la sombra. Era un inmenso lago, cuyas aguas brillaban a la luz de la luna donde las brumas no las cubrían. La sombra, a mi izquierda, me miraba con intensidad con sus oscuros ojos. De repente, su sonrisa desapareció, y con una fuerza colosal me empujó con un brazo al lago. Caí al agua, mientras las risas se dejaban oír de nuevo. Entonces, abrí los ojos. Algunos soldados se desternillaban de risa. Al parecer, me había quedado dormido junto al fuego, y ellos habían encontrado la divertida manera de despertarme echándome un cubo de agua a la cara. Debí de mostrarme muy asustado y sorprendido, lo que no hizo sino aumentar las risas. Pero se alejaron rápidamente temiendo que la sorpresa se tornara ira, teniendo además un fusil al lado mío. Era de noche aún, y los soldados seguían celebrando la victoria, por lo que no habría dormido mucho.

Estaba agotado. Me levanté con la intención de meterme en la tienda de campaña, y me quedé estupefacto por lo que vi. La sombra estaba en la tienda contigua a la mía, y al verme, su sonrisa desapareció y se introdujo en la tienda. No aguantaba más. Cogí el fusil decidido a acabar con la perversa sombra. Fuera real o imaginación mía, no iba a perder nada salvo una bala y un poco de pólvora. Pero me equivocaba como poco después averiguaría. Me dirigí a la tienda, y entré. Lo ocurrido entonces duró un instante. Un cañón, cuya mecha estaba ya encendida y a punto de consumirse, me apuntaba. Un ensordecedor cañonazo. Una luz cegadora. Una sensación de calor. Luego, ya nada.

Presentado bajo seudónimo como: Milciades



LA CULPA PERDIDA

Érase otra vez, un hombre que huía. Y al juego de la huida, como todos deben saber, se juega día y noche, sin descanso, desde el momento en que empieza la persecución. Por eso nuestro fugitivo conducía a toda velocidad por una carretera, como si la persecución hubiera empezado en ese mismo momento tras un pistoletazo de salida, cuando en realidad, hacía tiempo que había perdido la cuenta de los días que llevaba huyendo. Iba inclinado sobre el volante que sujetaba con todas sus fuerzas, con los dientes apretados, la respiración entrecortada y luchando por no parpadear. El único movimiento que permitía a su cuerpo era un giro del cuello de vez en cuando para mirar por el retrovisor izquierdo, y sólo cuando era muy necesario, en un movimiento rápido, se secaba el sudor que empapaba su frente con el dorso de la mano derecha.

Tenía a su favor que la calzada era de sentido único y poco transitada, en la que quizá veía un coche cada cinco o diez minutos al que esquivaba sin dificultad. Así pues, a pesar del desquiciante estado de alerta con el que vivía desde días atrás, tenía al menos el beneplácito de huir a gran velocidad sin mucho peligro. Pero con el primer trueno, cualquier ligera sensación de seguridad que pudo sentir, se esfumó espantada por el grito del cielo. Aquel trueno retumbó tan alto y con un sonido tan parecido a una bala, que logró arrancarle un grito de pánico y desmoronar por un instante su rígida posición de alerta. Como respuesta el coche realizó un giro brusco a su izquierda, patinaron las ruedas por el asfalto, pero un segundo después logró incorporarse y corregir el rumbo. Volvía a conducir en línea recta, pero ya estaba muy lejos de estar tranquilo. El corazón le latía a tanta velocidad que casi podía oírse su sonido y con tanta fuerza que zarandeaba el cuerpo que lo contenía a su compás, la respiración se tornó ansiosa por contenerla durante el susto, y pronto su rostro se cubrió de una fina capa de sudor. Desde entonces, y de la misma forma, cada trueno se convertía en una amenaza de muerte.

Aún no había empezado a llover cuando nuestro fugitivo adelantó a un coche patrulla a una desorbitada velocidad. Los agentes, notando la irregularidad y cumpliendo con su deber, fueron tras él igualando e incluso superando esa velocidad. Y esta nueva circunstancia, que a simple vista parece complicar las cosas, hizo vislumbrar a nuestro fugitivo una deliciosa esperanza: <<Podría ir a la cárcel, allí estaré mejor, allí no tendría que huir.>> Así, con una sonrisa de sincera felicidad, disminuyó la velocidad y condujo su vehículo al terreno arenoso contiguo al arcén, y mientras lo hacía, le asaltó una ligera sensación de desconfianza: <<Mierda, el exceso de velocidad no será suficiente para que me enchironen.>> Pero no tardó en encontrar una solución, sacó el revolver de la guantera y lo colocó sobre el asiento del copiloto, bien visible desde la ventanilla del conductor. Por fin detuvo el coche fuera de la calzada, sin apagar el motor, porque era consciente de que todavía había un pequeño detalle, que de no cumplirse invalidaría esa salida... y entonces tendría que volver a la carretera.

El coche patrulla se detuvo justo detrás y de él bajaron dos agentes. Uno de ellos se quedó apuntando el número de la matrícula y el otro se acercó a la ventanilla del conductor que ya estaba bajada. Aburrió a nuestro fugitivo con la típica charla intimidatoria que casi siempre termina en sanción, hasta que reconoció el objeto oscuro sobre el asiento del copiloto. Entonces el policía desenfundó su arma y le apuntó, cambiando de discurso, ésta vez, amenazando con llevarle a prisión. El fugitivo, con las manos levantadas, miró al policía y preguntó:

- ¿En esa prisión de la que hablas, hay ventanas que den al exterior?

El policía, que interpretó la pregunta como la fanfarronería típica de quien se las da de listo, contestó:

- Claro que las hay, pero no te van a servir de nada.

Ante la respuesta, el fugitivo se desinfló en una exhalación de sincera frustración. No, en una prisión así no podía estar seguro, en una prisión con cualquier contacto con el exterior su perseguidor acabaría encontrándole. La evidencia puso a girar el mundo a su alrededor y le hizo sentir ganas de vomitar, mientras que, ajeno a su estado, el policía insistía en que pusiera las manos donde las pudiera ver. Pero el fugitivo no reaccionó, se limitó a mirar con cara de estúpido al arma que le apuntaba y por un instante no supo donde estaba. Pronto, sin embargo, se activó su instinto de supervivencia y volvió a tener el control: tenía que huir, de inmediato, si no quería que lo atraparan. Entonces, estiró las dos manos en un movimiento casi supersónico, atrapó con dureza la muñeca que le apuntaba y tiró para sí con toda la fuerza que pudo reunir. De esta forma, antes de que el policía llegara siquiera a asombrarse, no digo ya de apretar el gatillo, tenía rota la muñeca, el húmero separado de la articulación y la mandíbula inferior dislocada al impactar con la carrocería. Luego, en una acción simultánea, el fugitivo expulsó el brazo del policía consiguiendo que soltara el arma, subió la ventanilla y pisó el acelerador. El segundo agente realizó varios disparos pero sólo dos de ellos alcanzaron el coche, destrozando la luna trasera.

Nada impidió que nuestro fugitivo retomara la carretera, huyendo no de los policías que había dejado atrás, quienes no se molestaron en perseguirle (al menos no de inmediato) seguramente debido al herido. Huía de su implacable Némesis, que no tardaría en encontrarle, si en algún momento bajaba la guardia.



Cuatro horas después del incidente con los policías, los primeros rayos del Sol ya se filtraban a través de las nubes grises, resultando así una iluminación perezosa más propia de un atardecer que del alba. Llovió con cierto brío la primera hora y al parecer eso fue suficiente para acallar los nefastos truenos. Ahora el asfalto estaba casi seco, y nuestro fugitivo surcaba la tierra a la máxima velocidad que le permitía su coche. Durante todo ese tiempo, intentó mantener a toda costa el estado de alerta obsesiva al que creía que le debía la vida, pero no era fácil. En primer lugar, el agujero provocado por los disparos, le ponía nervioso. Constantemente se imaginaba que le apuntaban con un arma de precisión, y que una reacción en su piel traducía el contacto del punto rojo de la supuesta mirilla láser en una sensación desagradable en la nuca, que le impulsaba a palpar la zona con la mano derecha como si con ese gesto pudiera borrar el punto imaginario. Y todo esto le inducía, sin poder evitarlo, a girarse cada cierto tiempo con el alma carcomida por el miedo y la certeza, esperando ver justo detrás a su perseguidor. Pero lo peor era sin lugar a dudas las limitaciones físicas. El hambre fabricó una pesada piedra en su estómago, la sed hizo evaporar su saliva, y la somnolencia, acuciante más que nunca después de más de dos días sin dormir, le nublabla la vista y entorpecía sus movimientos. Debido a estas razones, y porque tenía la vejiga a punto de reventar por contener la orina de todo el día, el fugitivo pegó un repentino frenazo sin ni siquiera mirar si venía alguien detrás y detuvo el coche en medio de la calzada. Abrió los ojos todo lo que pudo, se dio unas cuantas palmadas en los cachetes en un desesperado intento de espantar al sueño y antes de salir, no olvidó coger su revólver, aunque era consciente que de nada le iba a servir si su perseguidor le alcanzaba por fin. Una vez fuera, se dirigió velozmente al arcén bajándose la cremallera de los pantalones, y nada más llegar se deshizo de su carga acompañando el acto con un gemido de alivio más propio de otras acciones, con el arma en todo momento en su mano derecha... por si acaso. Al escurrir las últimas gotas, ya había tomado una decisión: pararía en el primer motel de carretera. Estaba claro que no podía seguir así por mucho tiempo. En el motel al menos podría comer, beber, dormir unas seis horas y luego, con renovadas energías, de vuelta una vez más a la carretera, en busca de un agujero o una prisión donde poder sentirse libre. Era muy arriesgado, sin duda, pero no quiso darle más vueltas y conforme con lo decidido, se subió la cremallera. Entonces... cuando se disponía a dar media vuelta... oyó un zumbido a lo lejos, y en ese instante supo que su fin había llegado. Levantó la vista al frente, en la dirección del sonido, y le dio tiempo a ver el terreno arenoso con ocasionales arbustos una décima de segundos. Luego vio con toda claridad el pequeño objeto plateado que pondría fin a su vida dirigiéndose a su entrecejo. Pero la bala se detuvo justo antes de llegar, a unos veinte centímetros de su objetivo, y con ella, el mundo entero, incluido el fugitivo. No podía mover ningún miembro de su cuerpo, ni siquiera los ojos, sólo podía pensar. <<¿Qué me pasa?>> Y la respuesta llegó de inmediato con las imágenes que a continuación, invadieron su mirada: En la primera de todas, se vio a sí mismo, veinte años más joven; acababa de atracar una tienda junto a un compañero, y en pleno júbilo tras el golpe, aún comentando las vicisitudes y sensaciones del primer acto delictivo, había sacado ese mismo revólver que llevaba en la mano derecha y que desde entonces le acompañaría de por vida como una cicatriz, y había fabricado su primer tiro mortal, solo por el simple hecho de que

no estaba dispuesto a compartir el botín. Luego vino otra escena, apenas un año después de asesinar a su compañero; estaba en un parque de noche, subiendo la cremallera de sus pantalones tal como hizo hace un minuto, y a sus pies, había una masa sanguinolenta que antes había sido una preciosa joven de dieciséis años, implorándole que la llevara a un médico, que tenía todos los huesos de sus dedos rotos, que se le había apagado un ojo por los golpes y que le dolía tanto la pelvis que era incapaz de levantarse; cuando el muchacho terminó de vestirse y de peinarse, se cansó de lloriqueos y le cerró el pico a la mocosa de un disparo en su recientemente desdentada boca. La siguiente escena estaba situada cronológicamente dos años después de la anterior, en ella el fugitivo capitaneaba una cuadrilla formada por otros tres jóvenes armados; estaban en el interior de una caravana apuntando con sus armas a una familia entera de raza negra; el padre, la madre, un niño de ocho años y la abuela, contemplaban arrodillados, con los ojos húmedos y las manos en la nuca, como los delincuentes violaban por turnos a la hija de unos veinte años, y, tras bromear sobre la posibilidad de hacer lo mismo con la abuela, fueron liquidados uno a uno con un tiro a bocajarro en plena cara. Una infinidad de horrores similares desfilaron ante la mirada de su protagonista, en cumplimiento del derecho ciudadano de ver pasar toda su vida antes de morir. Más de diez horas duró el macabro espectáculo, que terminó con la escena de la noche anterior en la que casi le arranca el brazo al policía de un tirón. Tras difumarse esa última imagen, volvió a estar plantado en la orilla de la calzada, de cara al terreno arenoso que abarcaba todo su campo de visión, y en el centro, a escasos centímetros, la bala perdida, esa vieja conocida. ¿A cuántas como esa dio a luz a lo largo de su vida? ¿Cientos, miles...? Todas con el único objetivo de perforar la piel de un ser humano, internarse a presión en su carne y quemar y desgarrar todo lo que encontrase a su paso. Pero un buen día erró un disparo, la bala salió del arma sin cumplir el único objetivo por el que existía y se perdió en la lejanía. Ese día, el asesino se convirtió en fugitivo, porque desde entonces, tuvo la certeza de que esa bala perdida daría media vuelta para reunirse con su dueño de la única forma en la que una bala disparada interactúa con un ser vivo. ¿Venganza? Lo dudaba, pero quien sabe. Había que empezar a huir, y esa era lo único que importaba. Por todo esto, allí, en la carretera, en el fin de su camino, su último pensamiento fue: <<Maldita sea mi mala puntería>> Después, el mundo volvió a moverse... y la bala perdida atrapó por fin a su fugitivo.

Una llamada de un conductor anónimo comunicó a la policía la presencia de un turismo estacionado en medio de la calzada, y a su presumible conductor, muerto de un balazo tirado boca arriba en el arcén. Apenas una hora después, la zona se llenó de policías y especialistas en homicidios. Reconocieron de inmediato al individuo que todas las unidades buscaban la noche anterior. El veredicto sobre la causa de la muerte fue inmediato: suicidio. No cabía ninguna duda, principal-mente por pertenecer la bala mortal al arma que el cadáver aún aferraba con su mano derecha. Lo único, quizá, que llamó un poco la atención, fue la forma. En lugar del típico disparo en la sien, o el disparo con el arma en la boca, el tipo había decidido acabar con su vida apuntándose directamente al entrecejo.

Presentado bajo seudónimo como:
Roland Deschain

EL SUEÑO DEL HOMBRE DESPIERTO.

El viejo oyó sus propios pasos contra las paredes de chapa del hangar; un caminar constante, lento a causa de los años, silencioso. Estás mayor, se recordó al subirse la cremallera del mono, entre toses, por culpa del cortante frío; quizás no lo consigas antes de palmarla, se repitió tras silbar, con falsa calma, una melodía desdibujada por el tiempo.

En el centro del hangar, tal y cómo había dejado preparado la noche anterior, la bomba seguía inyectando helio al depósito principal del vehículo con un continuo *cric, crac*; un breve vistazo a los manómetros y a las lecturas de los termopares le confirmó que en cosa de una hora todo estaría listo.

Al menos para volver a intentarlo.

Descolgó de un clavo retorcido el asistente digital y activó la lista de chequeo de 43 puntos mientras sus labios repetían por lo bajo los pormenores del procedimiento; lo de hablar solo se había convertido en habitual ya no recordaba desde hacía cuándo. Desde que ella faltó, tal vez: desde que ella faltó dejó de haber alguien que le escuchara.

Se acercó al fuselaje de aluminio plateado y se despreocupó de la escarcha y la neblina fruto de la criogenia. Puede que hoy sea el día, se animó al pasar una enguantada mano por las formas heladas de los alerones de popa; puede que hoy lo consiga, se volvió a decir mecánicamente, como sin esperanza.

Porque tanto tiempo de espera dejaba poco sitio para la fe; diez años de pruebas con el motor y otros diez sacando el dinero de debajo de las piedras para montarlo todo, pieza a pieza, en secreto, a solas. El sueño de un abuelo loco y demasiado terco. Casi media vida ideándolo y los últimos meses de desengaño en desengaño, tropiezo a tropiezo, con nefastos intentos que ni le habían levantado del suelo.

Tan cerca del final y, más que nunca, tan lejos.

Tantos años a vueltas con lo mismo, viejo chiflado, que ya no sabes hacer otra cosa, musitó al salir de debajo de la estructura de acero oxidado que sostenía al módulo, en vertical, por la popa.

Ni sabes ni quieres hacer otra cosa, se volvió a repetir.

Los siguientes minutos pasaron entre exámenes, medidas, cruces sobre la pantalla táctil y enchufes y desenchufes de los terminales de diagnóstico: los subsistemas del EPS, el soporte, los problemáticos circuitos de vacío del inductor, los niveles para la turbina... Pero... Pero... Tras media hora... ¿Cómo era posible? ¿Todo estaba bien?

El viejo se estremeció, acobardado, porque los subsistemas comenzaban a dar inesperadamente “verde” y otro “verde” y otro y “correcto” y se iba desvaneciendo así —¿era posible?—, su conocida y casi agradable sensación de continuado fracaso; aparecía en su lugar algo diferente y desconocido: un terreno nuevo e intimidante en el que todo salía bien. Demasiado bien. No, no era posible.

Algo se tenía que haber dejado, ¿verdad?

Pero sin luces rojas en el cristal líquido que le hicieran detenerlo todo so pretexto de una nueva reparación o de un nuevo elemento defectuoso, comenzaba a crecer en su viejo y cansado pecho el miedo de que todo pudiera, de pronto, hacerse realidad. Cuando el asistente le devolvió “verde” al comprobar los sistemas de navegación y aviónica, al cerrar el panel 14-B, se dio cuenta de que las nudosas manos, ya sin guantes, que temblaban delante de sus ojos eran las suyas.

Esta vez sí que sí, se dijo por lo bajo sin saber muy bien si reír, llorar o temblar de terror; el estómago revuelto, nervios por nada, y las piernas, parecía, le aguantaban menos que antes. Es sólo que estás mayor, se volvió a decir para darse valor, acto seguido, al recordarse que para aquella mañana, si finalmente resultaba ser aquella mañana, había esperado casi una vida.

Además, aun puede ser que falle el chequeo en cabina, se insistió con un ápice de incredulidad mientras, lentamente, se ajustaba los velcros y las cremalleras del traje de presión; eso o quizás las fugas del módulo silben, como de costumbre.

Sí, se repitió, será eso. Fallará alguna de esas estupideces y hoy no será el día.

Y sin embargo, una vez dentro del compartimiento, el chivato del diferencial le devolvió un “estanco” al girar los pestillos y cuando se encontró, por fin, aislado y solo en cabina, los oídos taponados hasta que los filtros se comieran la sobrepresión, supo con un sabor ácido en la garganta que toda aquella locura, quizás, podría funcionar.

La sospecha, la necia necesidad de creer que sí, se convirtió en certeza cuando amarrado por el pecho, en su asiento, levantó los últimos conmutadores obteniendo un nuevo “verde” como respuesta.

Respiró hondo. Una, dos, tres veces. Sí, se dijo; por fin.

Levantó la vista y limpió el trozo de ventanuco que la óptica de navegación le dejaba para comprobar rumbo; frente a sus cansados ojos, más allá del polímero reforzado, la Uralita de su vetusto y destartalado hangar.

Pronto habrá cielo, volvió a animarse en voz alta.

Pronto, pensó sin voz por si decirlo lo estropeaba, volvería a estar con ella.

Tras comprobar de nuevo que las superficies de control respondían, activó la cuenta.

T menos 15, le dijo una familiar voz a través de los cascos.

Aun podía recordar la mañana en la que había grabado a Esperanza repetir aquella cuenta atrás como un juego, como una tontería. ¿Cuántos años? ¿Veinte? ¿Treinta? Una mañana de enero pero cálida, como de primavera; ella leía un dominical porque por aquel entonces sólo se veían los domingos, entre laboratorios, trabajo y plazos que siempre se quedaban cortos. ¿Me grabas unas frases para la posteridad?, se había reído él. Ella se había reído también, agua fresca, como siempre hacía cuando él tenía una ocurrencia meridianamente estúpida. ¿Quieres que te grabe una cuenta atrás? ¿Estás loco? ¿Dónde está tu cohete, astronauta? Aquí dentro, contestaba él tocándose su, por aquel entonces, incipiente calva.

Sólo que no será un cohete, sino algo mucho mejor.

Una máquina capaz de curvar el tejido del espacio, le tuvo que confesar después de hacerse el misterioso varias divertidas semanas; porque he descubierto como curvar el tejido del espacio a nivel local, Esperanza, cielo, y voy a construir un motor capaz de poner en órbita un vehículo por una pequeña fracción de la energía necesaria para vencer cualquier campo gravitatorio.

El ruido de arranque del inductor cinco metros más abajo, a popa, le sacó violentamente de sus recuerdos; un vistazo a la pantalla de control de ingeniería le reveló que, en “verde”, el automatismo había arrancado en precalentamiento la turbina de apoyo al conjunto tórico principal según lo previsto. En dos minutos alcanzaría régimen y el refrigerante llegaría a los grupos de plomo; entonces, el momento crítico.

Pero para eso quedaba todavía once minutos y aun no había ni abierto la compuerta del techo del hangar.

T menos 10, volvió a recitar Esperanza al otro lado de la grabación con un tono entre incrédulo y divertido que colaba, antes de cada aviso, alguna frase suelta del tipo “no puedo creer que me haya dejado convencer para grabar esta gilipollez”.

Y yo no puedo creer, contestó el viejo, que estés aquí después de tanto tiempo.

Porque al oír su voz casi la podía ver, oler, sentir, junto a él, en la cabina; sus viejos labios no habían olvidado a qué sabía ni qué le bailaba dentro al verla llegar del trabajo o de la compra. ¿Dónde está tu cohete, astronauta?, decía siempre.

¿Para qué me voy a querer ir a las estrellas si estás aquí conmigo?, contestaba él.

¿Para qué voy a querer marcharme si no es para querer volver?

T menos 6. No, no volvería; no habría multitud enfervorizada en la campaña francesa, no habría reconocimiento ni gloria. Ni agasajos, ni premios, ni foto en los libros de Historia; sólo el silencio contenido del inhóspito vacío del espacio.

Y nadie, ni antes ni después de eso, le recordaría.

T menos 4 y hasta Esperanza parecía tener nervios en la voz, veinte años atrás. La pirotecnia del techo saltó como debía y abrió la inmensa trampilla mostrando, contra la óptica de guía, un cielo gris que amenazaba tormenta. Comprobó por enésima vez la hidráulica de las superficies dinámicas por la puñetera escarcha y porque no era cuestión, tocara tormenta o no, de palmarla en el tramo atmosférico.

T menos 3. La radiación le mataría, esa sí, a pesar del bromuro, los medicamentos, el aislante y el traje: la lluvia constante de rayos cósmicos lejos del campo magnético de la Tierra o el mismo sol, le destrozarían las entrañas poco antes de que el agua y la comida se le hubieran acabado. Eso si sus años aguantaban el trayecto lejos del suelo y con diferencias de aceleración que ni siquiera él, a pesar de mil cálculos, sabía muy bien cómo acabarían siendo.

T menos 2. Sólo dos semanas, quizás menos; podría ver los cañones de Marte con el telescopio de a bordo e incluso acercarse más si las cuentas no erraban. De aguantar el inductor cuatro días, quizás cinco, podría hasta entrar en órbita si lograba decelerar, tirando de células, con el auxiliar eléctrico del conjunto principal.

T menos un minuto. Y luego... Luego la vería a ella, a Esperanza, su esperanza, lejos de hospitales, de comas, de máquinas y de camas vacías; en el lugar donde nada les separaría, donde, Esperanza, se volverían a encontrar más allá de las estrellas.

En T menos veinte segundos se le aferró la palanca a los guantes, clavó los pies en los controles de orientación y repitió la cuenta desde menos quince con ella, junto a ella, hasta que todos los números se acabaron, hasta que el traqueteo de la turbina y los toros de plomo y helio le hicieron un vacío en el alma parecido a caer.

Entonces, sólo entonces, todo quedó abajo y en un suspiro se supo rodeado de aire y frío.

A los dos mil metros controló a duras penas el cabeceo por culpa de una violenta ráfaga de aire; a los diez mil dejó abajo las grises nubes. A los treinta mil, ajustada la trayectoria de inyección con algo parecido a una velocidad terminal, guió el “Esperanza” hasta sacarlo del cielo.

Fuera de la cabina todo se tiñó entonces de negro y antes de activar el auxiliar eléctrico para escapar de ella, con lágrimas de irregular forma jugando a su alrededor, contempló en pocas y veloces órbitas lo azul, blanca y hermosa que podía ser la Tierra.

Diez minutos de comprobaciones más tarde, con un vacío que estremeció la estructura del módulo por popa, una forma plateada desapareció del firmamento con dirección a la oscuridad.

Presentado bajo seudónimo como: Viejo_Odisseo



EL SUEÑO ES VIVIR

Era apenas un susurro constante, una cadencia casi imperceptible para cualquier oído. Pero Daniel interrumpía su sueño con cualquier cosa. Era, para él, una especie de maldición.

La mañana dio los buenos días con una brisa mojada, que casi no alcanzaba a formar lágrimas de lluvia en los cristales. El edredón, rey y señor de la habitación en invierno, abrazaba y abrigaba el delgado cuerpo de Dani, como lo llaman, o mejor dicho, llamaban, sus amigos.

Su madre, la antes simpática doña Manuela, se limpió las lágrimas con los puños de la blusa antes de entrar a la habitación con el desayuno. Intentó ponerse todo lo sonriente que pudo, disimulando la tristeza que indicaban sus parpados y ojeras entre rojas y violetas.

-¡Buenos días, campeón! –dijo en un tono que sonaba forzado- ¿que tal está hoy el niño de mis ojos?

Era cierto. Si de alguna manera podía definir doña Manuela Marín a su hijo Daniel, era como el niño de sus ojos. Más bien el niño que estaba destrozando sus ojos, a base de largas noches en vela empapando la almohada con lágrimas que caían como una retórica interrogación, que empapaban los pañuelos preguntando por qué.

-Déjame en paz-Daniel apenas podía ya articular palabra alguna-vete a la mierda.

No siempre la tristeza y el dolor fueron inherentes a la casa de los López-Marín. Todo comenzó cinco años atrás. Daniel venía de un partido de baloncesto. Habían ganado y, aunque muy cansado, volvía a su casa contento, recordando su aportación a la victoria. El silencio reinaba en su calle cuando bajó del bus. Tres o cuatro personas se cruzaron con él antes de llegar a casa, y todas agacharon la cabeza al verlo, negando y mascullando entre dientes palabras ininteligibles. En la puerta de casa, un coche de policía auguraba un mal presagio. En el interior de la casa, su madre emitía sordos sollozos de dolor, que se convirtieron en más agudos al verlo llegar.

Habían pasado ya casi tres meses del fatídico accidente que sesgó la vida cotidiana de los López-Marín. Doña Manuela llevaba cada día un par de rosas rojas a la humilde tumba donde yacían los cuerpos de su marido y de su hija. Fue un accidente al volver del supermercado. Nadie pudo explicar por qué su coche se empotró contra el viejo muro de hormigón armado de aquel túnel. Hay secretos que los dioses del destino guardan celosamente en el viento.

-Se la ve mucho mejor, Manuela – dijo el psicólogo mintiéndose a si mismo- El tratamiento da sus resultados.

Mentira. Dolorosa mentira. Ella no lo había superado aún. Hacía ya cuatro años que mandó a su marido a por la compra. Y su hija le acompañó. El sentimiento de culpa crecía cada día, cada hora, cada segundo. Al principio, quiso apoyarse en Daniel. Pero este se fue ensimismando cada vez más. Era una especie de odio visceral al mundo. Sentía, por qué no decirlo, odio a todos aquellos a los que la vida les sonreía. Sus amigos de toda la vida, su antigua novia, sus queridos vecinos, sus compañeros de trabajo... Todos se alejaron de él igual que una mano se separa de un cactus. Porque Daniel pinchaba cada vez más.

-Pásame el mando, cabroncete – Antonio López tenía una estupenda relación con sus hijos- a ver que hay por ahí.

En el sofá, Daniel siempre dejaba el sitio central cuando llegaba su padre de trabajar. Hoy había llegado antes de tiempo, y habían estado toda la tarde juntos. A sus 24 años, Daniel consideraba a su padre casi como a un amigo. Comenzaron la conversación hablando del mal tiempo, siguieron hablando de baloncesto y terminaron, como siempre acababan sus conversaciones, hablando de chicas.

-¿Qué tal con esa chavala morena....Ruth? –esbozó una sonrisa maléfica- ¿todavía nada no?

-Papa, por Dios....- Daniel se sonrojó lo suficiente como para no contestar

Menos mal que por la puerta, como un torbellino, entró Jenny, la hermana pequeña de Dani. A sus nueve añitos era todo un ejemplo de vitalidad y travesura. Entró, dio dos besos a su padre y su hermano, y evitó que la conversación sobre la novia de Dani siguiera su curso. Doña Manuela entró con su cancioncilla de copla y sonrió al ver a su marido y sus hijos sentados en el sofá de tres plazas muy ajustadas. Hacía frío.

-Vamos, gandules. El frío se combate trabajando. ¡A poner la mesa!

-Me debes más de trescientos euros, hijo de puta. –El Tato era el típico gordo cabrón que trafica con drogas – Si no me pagas mañana estás muerto.

Daniel sabía que ese individuo no bromeaba. Había conocido a un chaval que amaneció apuñalado por una deuda. La policía de su barrio estaba comprada, así que dejaba esos casos sin resolver. A veces hasta se lamentaba por haber llegado a ese mundo. Primero fue una inhibición. Luego una imperiosa necesidad vital, que sumía en el caos todo lo que un día se pudo llamar su vida. Sin trabajo, sin amigos y sin familia. Ningún familiar aceptaba ya a alguien mellado, sucio, y que podía esconder con el motivo de una visita la intención de robar algo.

No había casi nadie. Doña Manuela, el sacerdote, algunos familiares y algunos de los amigos que acallaron así sus conciencias. Una muerte a los treinta y cinco años normalmente arrastra a mucha gente. Pero este no era el caso. En los últimos siete años sólo había tratado con yonkis, traficantes y camellos de todo tipo. Y con policías, con muchos policías. Su madre se había visto obligada a vender la casa para irse a un pisito. Las necesidades económicas de su hijo le desbordaban. Parecía cruel decirlo, pero su muerte había sido casi un alivio. Así dejaría de sufrir y de hacer sufrir.

-Doña Manuela, me temo que son malas noticias – el médico estaba acostumbrado a dar malas noticias, pero conocía el caso de esta familia y esto era difícil de decir- Es sida. Pero hoy hay curación, sólo tiene que mantener su medicación y abstenerse de ciertos hábitos, bla bla bla....

La charla del médico continuó durante algunos minutos más. Pero ella no escuchaba. Tampoco lloraba. Sólo mantenía un estado de ausencia que ponía de punta los pelos del médico. Sin que este dejara de hablar, se levantó y se fue a paso lento, como si el mundo le pesara más que sus propios hombros.

- Una cucharada más – Sonia disfrutaba con su trabajo, y se compadecía de los que no podían valerse por sí mismos.

La residencia de ancianos era grade. Quizás demasiado grande para gente que se conformaba con estar todo el día rezando, llorando, o viendo la tele. Manolita “la callada”, como la conocían aquellos que todavía tenían fuerzas para hacer bromas, se sentaba cada día en el segundo banco de la capilla y rezaba durante horas. Un rezo que clamaba por otra oportunidad, por dejar ya esta vida y vivir otra al lado de los suyos. Vivir una vida que se truncó en su mejor momento y se desvaneció como la niebla.

La vida a veces es dura con las personas. Por eso, intenta comprender la situación de una persona antes de juzgar sus actos. Porque, en mi opinión, Calderón de la Barca estaba equivocado. No siempre la vida es sueño, sino que a veces el sueño es vivir.

Presentado bajo seudónimo como: Aerocartero



Eclipse

visto, podría ser esa toda la historia, limitarse

En una tarde de mayo, frente a la fachada este de la iglesia, Iván se enamoró de Leticia.

nos dice eso? No mucho. Y sin embargo lo fundamental está. Tenemos qué, cuándo, dónde y quiénes; son los detalles lo obstatante, la enunciación, aún concisa, no está exenta de sugestión. 'En una tarde de mayo', se nos dice; y la mención de ese mes, la musicalidad de la palabra, evoca matices diferentes a los de abril o

describirla como rubia o morena. Falta algo, algún adjetivo para definir su carácter, quizás no literal, quizás metafórico, preferentemente de temperatura, y preferentemente cálida o glacial en lugar de caliente o

dicho en alguna parte que toda historia de amor es siempre acerca de una mujer y dos hombres. Pero, discutible o no, este esquema básico admite muchas permutaciones, como la elipsis de alguno de los protagonistas, nunca visto pero siempre presente en si nos importara algo! ¡Como si enamorarse o encoñarse, a gusto del cinismo del lector, no fuera algo cotidiano que

debemos engañarnos ni extraer falsas conclusiones respecto al autor. Puede ser Leticia o puede ser Iván, haber cambiado el nombre de uno u otro o de los dos, haber observado la escena y pensado una interpretación, haber escuchado una confidencia, ser sarcástico o romántico... puede estar inventando

rarísima vez han de ser preciosos, como los cuerpos no infunden tanta fascinación en su desnudez como en la insinuación que ofrecen bajo telas diversas. Pupilas e irises, no... es la curva de los párpados, el elemento que delimita lo perceptible de lo imaginado, lo que damos en calificar como las ventanas del

mirada, una sonrisa que apenas percibimos y que sin embargo ofrecen una promesa de dicha incommensurable. Pero este primer instante de revelación es una anomalía, la siguiente mirada ya no genera ningún efecto, como tampoco lo consiguen ninguna clase de posesión corporal o espiritual de la persona deseada, y la felicidad, que sería un eterno encadenamiento de tales momentos de encantamiento, queda fuera de

estilo *crea* la trama; las palabras y el oculto vínculo establecido entre ellas, el ritmo y la música que crean: he aquí la poesía, fruto de la elección y el orden, no de gestos grandilocuentes por parte

de narcisismo, la primitiva concepción del arte que considera importantes sólo los sentimientos que denomina sinceros, cuando éstos suelen ser siempre la expresión irreflexiva de deseos y vanidades que tratamos de legitimar con

necesario que haya un principio y un final? La vida es una transformación continua: ¿habría de ser la obra de arte diferente? ¿Puede seguir abierta a significados aún cerrándose en las formas? ¿Quedar atrapada entre mayúsculas y puntos, entre

Puede tener un principio y un final, o un principio y muchos finales. Tal vez Iván o Groucho qué-más-nos-da-el-nombre, se acercó a ella aquella misma tarde y le confesó su súbita ternura, o no lo hizo, demasiado precipitado para como podemos imaginarle, tímido, idealista, sin experiencia, y entonces pasa una semana, se hace amigo de sus amigos, después de la presentación y los besos en las mejillas entabla conversación con ella, ríen, sí, puede ser, pero también, oh, puede que tengan lugar extraños silencios y los ojos eviten encontrarse, hasta que él se descubre, y ella le rechaza la primera vez pero entonces accede al primer beso, y... no, por el contrario, quizás pasan los años y jamás se atreve a revelar su más secreta pasión, o... de todas las posibilidades, ¿con cuál quedarse?

¿De cuál partir? ¿Acaso fue así como sucedió, fue ese el comienzo, él la vio una tarde de mayo estando frente a la fachada lateral de la iglesia de su barrio? Está bien, aceptémoslo, no tenemos mucha alternativa si después de todo soy yo quien decide... Entonces, entonces fue allí, frente a este edificio moderno, vulgar, de líneas limpias pero no geniales, simple mas no sencillo, de aspecto antiséptico que no llega a convencer de ser también ducha para el espíritu. Él y ella charlan en grupos separados, de distintas edades, grupos en los que sin duda existen tensiones invisibles, relaciones insospechadas entre los integrantes que él en su ingenuidad aún no es capaz de percibir.

Ocurre entonces. Repentinamente fue consciente de la presencia de la chica, a la que ya había visto antes pero nunca de esta manera, esbelta, rubia, más rubia que cualquier otra, ¡y qué ojos!, en qué azul tan celestial flotan las pupilas, y por un instante la acera, la iglesia, el cielo, las personas, todo desaparece y ella es lo único que parece existir, aparentemente ajena al terremoto anímico que ha provocado. Al momento siguiente todo regresa, y él se siente desamparado, necesitado, irresistiblemente atraído... ¿qué clase de atracción es ésta? Física, sin duda, pero quiere creer que detrás de esa cálida mirada se esconde una gran alma, que esos ojos pueden redimir a cualquier débil mortal sobre cuyo rostro se posen. La acera no cambia, las conversaciones continúan, y sin embargo, en un momento el mundo entero se ha transfigurado para él.

Ah, pero no me gusta el escenario, parece que busco algún simbolismo fácil. Cierto, esto es mucho mejor: una mañana, por casualidad, sorprende a la chica saliendo de su casa, de los soportales de un bloque de pisos situado junto a un pequeño descampado. Es una construcción antigua, aislada, unos pórticos donde siempre caen las sombras y los pasos suenan secos, un lugar gris y triste al que nadie atribuiría connotaciones salvadoras, y que no obstante se convierte en un necesario santuario.

Acecha los pórticos. Se desvía de su camino con inverosímiles excusas, esperando un encuentro casual, repitiéndose en silencio frases que cree ingenuas y que en la rara ocasión en que ella aparece ni siquiera es capaz de balbucear, diciéndose que la próxima vez será diferente, se atreverá a acercarse y a zambullirse en ese océano contenido entre unas pestañas.

Consigue entrar en su círculo de amigos. Cuando ella le abraza amistosamente y le besa en las mejillas, no sospecha de los anhelos liberados por su gesto. Él habla sin parar, ríe para demostrarle el entusiasmo que profesa hacia la vida. Ella calla, sonríe dejando caer sus párpados, alargando su brazo para acariciar el cabello de este niño de cuerpo casi adulto que aún ignora la verdad de las personas. Los meses pasan. Él habla y ríe, posponiendo el gran momento, esperando la situación perfecta, la foto de postal que *algún día* llegará. Hasta que, una noche, él escucha que ella ya tiene novio.

Ese es el misterioso *otro*, que será más alto y más grosero, seguro, o quizás todo lo contrario, pues también él la observo con timidez desde esta o la otra esquina, también se preguntó de dónde provenía su súbita ternura. Se acercó a ella con una excusa banal, una presentación inequívoca... estrategia paciente o ataque directo... términos aptos para describir una agresión, no a la persona sino al invisible equilibrio sostenido por las formas sociales entre los casi extraños... tan solo hay que someterlo con subterfugios que aporten un mínimo de innecesario disimulo pero que no dejen lugar a dudas. ¿Acaso fue aquí, entre las inmóviles columnas, donde el otro se manifestó en promesa para ella...?

Se rinde. La aparición del otro, imposible en su fantasía, le devuelve a la realidad. ¿Por qué habría de ser el mundo como a él le gustaría, si él no hace nada para cambiarlo, si en el fondo no confía en que pueda cambiar o en que sea justo que cambie solo para su regocijo o en que, sí, esto es lo más cierto y lo peor, *si no cree que el esfuerzo por alcanzar sus sueños valga la pena*, si lo que teme es el desencanto que supondría descubrir el vacío de sus esperanzas? ¿Acaso creía que detrás de esa mirada había algo más que no fuera una persona, otro ser abandonado en lo más íntimo de su alma y necesitado de un calor que nunca alcanzará? ¿Y de verdad sintió la atracción descrita en aquella tarde de mayo, o su memoria ha reconfigurado aquel momento a su antojo, dejándolo irreconocible para que resulte coherente con un presente en perpetua fuga?

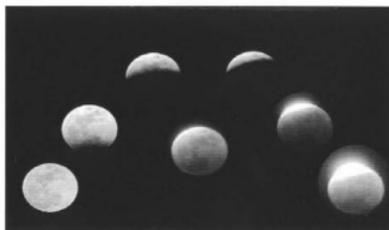
Tras su renuncia, continúa regresando a los pórticos, pero algo ha cambiado en su percepción de las mismas paredes. Ya no son la prueba presente de sus esperanzas: se han disuelto en un enigma sin perder nada de su forma material. Sigue buscando la falsa coincidencia, pero sin saber ya qué palabras querría susurrar. El tiempo pasa. Sin creer en aquello que consideró lo más verdadero, ¿en qué creer? Abandona el cómodo refugio de la fe y se lanza en pos de la duda; cuanto más aprende, más le queda por saber. Vuelve a fijarse en una chica, en otra, hasta que vive con alguna de ellas lo que llaman amor y confirma que puede ser tan vacío como todo lo demás. Entonces decide limitarse a observar a su alrededor y renegar de la búsqueda de un sentimiento superior que no sea la desaparición de su propia conciencia. Ahora, pensando q-

¡No, no nos interesa su pensamiento de entonces o ahora! ¡Lo importante es que está vivo y cambia, y quién sabe si dentro de una semana no sentirá vergüenza de sus certidumbres actuales! La verdad... no existe tal cosa cuando tratamos de colgarle un sentido; debemos acercarnos a ella a través de sucesivas mentiras, estar siempre dispuestos a saltar a otra nueva cuando se hunda aquella en la que nos apoyábamos si queremos sobrevivir. Leticia o Phyllis, tampoco importa. Es una persona, no un símbolo; de ella sabemos tan poco como del chico, pero tampoco parece necesario, pues también habrá vivido su propia historia de desencanto, diferente en los detalles, sí, idéntica en su sumisión al tiempo, sin embargo. Los años pasan y no vuelven a verse, un encuentro sería bello pero carente de la significación pasada, y durante todo este tiempo, el bloque de pisos sigue en pie.

En su ritual peregrinación, regresando una y otra vez a los pórticos sin tener ya una razón, ésta le es revelada en la propia esencia del lugar, de las cosas, de los segundos. Los achaques materiales no modifican el espíritu del escenario, que continúa ejerciendo el mismo hechizo, permitiéndole descubrir en su contemplación los secretos de una geometría oculta en la rugosa y sucia superficie de las paredes, sobre las mugrientas y oscuras baldosas rectangulares. El tiempo pasa y pasará, mas la visión ya no será igual.

Una obra está encerrada, muerta, pero empieza a respirar en el momento en que es descubierta por nosotros, por primera o enésima vez, pues susurra en cada ocasión evocaciones anteriormente desconocidas. Cambia con cada uno, resucita al ser transformada en nuestra mente en algo genuino; y si llega a esta nueva encarnación, poco importará qué perseguía el artista en el momento de su producción. ¿Ser admirado por sus sentimientos, hacer penitencia por sus faltas, ganar dinero? *Tal vez*, no hay excusas, mas sólo si podemos olvidar las motivaciones, si este texto merece una vida independiente de ellas, sólo entonces poseerá valor. Mientras tanto el autor seguirá buscando desaparecer en el acto de crear, encerrando su frágil memoria (¿o son sus sueños?) en la tinta que mancha un papel, atrapada entre un título y una firma. Como también buscará que aquellas paredes le hablen de nuevo con voces siempre distintas. Es en medio de la noche, cuando la vida en la luz parece descansar, cuando la inmensa y estática construcción humana reclama su reinado. Moldear el pasado y transformar el espejismo en arte, conseguirlo o fracasar estrepitosamente, lo que cuenta es liberarse de la opresión de lo que pudo haber sido pero nunca fue, nunca podría haber sido. Él volverá a los pórticos, se detendrá una vez más en el lugar que es todos los lugares, y allí (*aquí*), allí...- *aquí*, aquí yo renuncio a la promesa... aquí tiempo y espacio devuelven su imperturbable mirada.

Presentado bajo seudónimo como: Señor Tomson



Después de todo eso.

Hoy lloro una lágrima teñida de negro.
Tengo las venas por dentro, forjadas de hierro.
Solo soy el oculto amante de la gente,
y afronto mis lunas llenas quedándome en ausente.

Estoy solo y eso es toda la verdad.
Estoy solo, solo con mi soledad.
Con mis buenos amigos y siempre mis buenos días,
con un demonio en el hombro que no quiero que sonría.

¿Qué más decir? Si todo se queda en nada.
Que por mucho que me quieras ya no quiero tus palabras.
¿Qué más decir? Si no se si son mentiras,
que yo te quiero mucho por mucho que tú digas.

Las nubes negras hoy, me rinden pleitesía.
El sol esta de luto soñando en otro día.
Pongo mi corazón sangrando en lo alto de un poste,
que después del mundo entero, la luna es solo el postre

Ahora espera ya la falsa espera sin sentido,
aunque los dos pensemos que no va a ninguna parte.
La esperanza sigue andando al lado del camino,
con la camisa de fuerza y hasta arriba de calmantes.

La agonía de la lluvia en la ventana me recuerda,
que no tengo razones y la inocencia esta desierta.
Los besos ya no saben dulces sino amargos.
¿Por qué despertaríamos a la bestia de aquel largo letargo?

Más de un sentimiento caerá en este trayecto.
Piénsalo en frío con el maullar de las penumbras.
Entre mantas roídas por la pena me estremezco y pienso
que aquel beso de cuentos quiso cavar dos tumbas.

Que tus ojos negros, repican amaneceres.
Y en el desierto de las dudas estoy más que perdido.
Ya no se que quiero ni si me has querido.
Ya no se que quiero y ni siquiera si me quieres.

Después de todo eso, romper huesos con miradas.
Dejamos en el lago espeso nuestro corazón travieso.
Y por eso pensó que ya no pasaba nada,
y ahora nada entre gélidos besos de lava y yeso.

Con el pecho temblando, ando, caminando por la acera.
Buscando entre las calles tu reguero de plumas.
Después de tanto rogarás por que valga la pena.
Después de tanto estoy al tanto y de acuerdo con mi locura.

Sobrevivirás tras caricias de su pelo,
que se agita lamentándose con una angustia suave.
Llantos de impotencia alcanzarán el suelo,
por no pedir perdón por un error tan grave.

Sobreviviré tras caricias enfrascadas
en un frasco de olor a dolor de ilusión rota.
Llantos de impotencia alcanzarán tu cara,
y te beberás mis lágrimas vivas, servidas en una copa.

Que si tus pisadas se tintan de rojo oscuro,
es porque dejan huella en corazones apagados.
Soy una víctima del asombroso engaño y lo asumo,
y por tanto el humo aún se desvanece a mi lado.

No hay motivos encendidos ni motivaciones.
No hay motivos para suplicar, al menos no esta vez.
Los genios azules de las lámparas piden vacaciones,
después de pedirles, por favor, que me alivien de tu sed.

Una llamada a un móvil ocupado será la última prueba.
Un escalofrío que remueve las entrañas del abismo.
La pregunta ahora es: ¿realmente que me queda?
Más que sentir ácida lastima hasta de mi mismo.

La conciencia me tortura de una forma muda pero no se calla.
Que soy el extra de una historia escrita para dos.
Por eso entiende la razón de que ahora me vaya,
aunque nunca tendré fuerzas para susurrarte: adiós...

Presentado bajo seudónimo como: Nakas



Darío Gracia salió de su casa con el pelo revuelto, ojeras que delataban su escaso descanso y una cara inexpresiva que le hacía parecer un cuerpo movido únicamente por la inercia, sin ningún objetivo más que no pararse. Llevaba auestas sus útiles de trabajo que se reducían a una cámara de fotos, un cuaderno y un bolígrafo. La mañana del martes se presentaba apetitosa, pues tenía una conferencia a media mañana y, por lo visto, después asistiría al vinito que la empresa INMERSA organizaba. Su tarea consistía en cubrir la noticia de la salida a bolsa de esta empresa, dedicada al negocio de los vuelos espaciales. Este acontecimiento supondría, sin duda, relanzar su carrera como periodista, además de aportar al mercado un nuevo vuelo turístico sumándose a los ya existentes como: zigzaguar en el Himalaya, cruzar la Antártida o sobrevolar un volcán activo.

Con la mirada perdida y sin pensar en nada en concreto, subió al autobús que le llevaría a su destino. Delante de él, una chica con un suéter amarillo hablaba con otra acerca de la serie que había visto en la televisión la noche anterior. Sentado unos sitios más atrás, un señor mayor con una gorra movía insistentemente las piernas mientras, con nerviosismo, hacía círculos con los pulgares. Por último, antes de sentarse se fijó en un niño, no tendría más de nueve años y ahí estaba, con una mochila, que probablemente le doblaba en peso, dirigiéndose hacia su colegio.

—Qué rápido pasa el tiempo, parece que fue ayer cuando ibas al colegio como este niño y... mírate ahora, tienes 28 años y te pasas el día de acá para allá haciendo fotos y escribiendo historias. ¡Vaya vida! —Sus pensamientos poco a poco le iban despertando y decidió anotar un comentario en el cuaderno para empezar el día:

“Uno se va forjando poco a poco, cada victoria sobre un día implica una guerra para el siguiente. Al final de la Vida lo que te quedan son los logros obtenidos, pues los fracasos que acumulamos son ganancias para otros. No desesperes y lucha por lo que quieres, pues sólo así conseguirás tu recompensa”.

—Desde luego, me ha quedado muy bonita —pensó. Satisfecho por la lucidez mostrada cerró el cuaderno y lo dejó en el bolsillo lateral de la mochila en la que llevaba la cámara.

Poco a poco amanecía, y los primeros rayos de sol empezaron a colarse por las grandes ventanas del autobús. Sólo llevaba unos minutos de trayecto, pero se le estaban haciendo eternos. Aún tardaría en llegar a su parada, por lo que lo más sensato era disfrutar del viaje. No tardó en hacer lo que más le gustaba en estos casos: cotillear un poco la vida de los que le rodeaban, agudizó el oído y dirigió su mirada en dirección a la persona escogida.

—¿Sabes? Yo creo que Alfredo está fingiendo, todo el mundo espera que acabe con Julia y no me parece bien la actitud que tuvo con ella, eso en la vida real no pasa —dijo la chica del suéter amarillo.

—Bueno Clara —ahora era su amiga —tendrás que reconocer que Julia tampoco es que vaya detrás de Alfredo, más bien yo creo que se está empezando a enamorar de ese chico nuevo que llegó hace dos días a la serie.

—Basura. Cuando la gente habla de series que desconoces que puedan existir por su argumento tan meloso y poco culto, no merecen ni que las escuches —reflexionó con descaro. Después de esta pérdida de tiempo, Darío decidió centrarse en el señor de la gorra.

Mirándole más detenidamente, parecía incluso mayor, de unos setenta y tantos años. Su cara denotaba el cansancio que la edad deja en uno, probablemente había sufrido demasiado a lo largo de su vida. De pronto, Darío cayó en la cuenta de que estaba murmurando algo y, agudizó el oído, si es que lo podía agudizar más de lo que estaba.

—El fin de los días, quién iba a decirlo. Y yo que esperaba llegar a los ochenta y dos, ¡vaya día! Si me llevo a enterar antes me bajo en la primera parada. Y ni siquiera he hablado con los chicos. ¡Vaya día!

Inconexo, esa era la palabra que le vino a la mente a Darío para definir lo que estaba escuchando. ¿De qué narices estaría hablando? ¿O acaso es que estaba un poco loco? Demasiados pensamientos rondaban su cabeza, y tanta información era imposible de procesar a esas horas de la mañana. A parte de eso, empezaba a cansarse de tener que estar atento a lo que decía este hombre, ya que su voz apenas era un breve susurro.

Una vez que Darío decidió abandonar la feliz idea de escuchar a los que se encontraban a su alrededor, no tuvo más remedio que empezar a tararear en su cabeza, alguna de las canciones de moda que se le habían quedado grabadas de en su etapa de estudiante.

Todo parecía más o menos perfecto hasta que, al cabo de unos diez minutos sonó algo que parecía una pequeña explosión. Décimas de segundo. Eso es lo que se tardó en pasar de la absoluta normalidad, al más perfecto caos. Darío tuvo unos instantes para notar cómo el autobús se zarrandeaba de un lado a otro de la calzada, hasta que el choque contra el bordillo hizo que éste volcara.

Humo. Gritos. Más humo. Más gritos. Y luego... silencio. Nada se oía, nada se movía. Incluso Darío se encontraba inmóvil, luchando por mover algún músculo de su cuerpo, por intentar articular palabra alguna. Nada. Esa era toda la respuesta que su organismo daba. ¿Cuánto tiempo pasó? Nadie sabría decirlo. ¿Qué ocurrió? Menos aún. Lo único que se podía sacar en claro de todo eso era que algo había pasado.

Al cabo de un tiempo indefinido, Darío consiguió girar su cabeza. El humo que cubría el interior del autobús había desaparecido, y el panorama que vio a su alrededor no hizo más que dejarlo impertérrito. ¿Sería posible lo que estaba viendo con sus ojos? Todas las personas que habían subido al autobús seguían cada una en su sitio misteriosamente, ya que éste había volcado. El pelo de las chicas caía de lado, la gorra del señor mayor estaba a punto de dejar al descubierto su cabeza, y así se podía continuar uno por uno.

Darío seguía anonadado cuando una extraña figura se acercó hacia él por el lateral del autobús. Fue entonces cuando ahogó un grito que, de haber sonado, probablemente se hubiera escuchado varias decenas de metros a la redonda. Una mano arrugada, de piel grisácea y unas uñas amarillentas, que denotaban el poco cuidado que su propietario les profería, fue lo primero que vio. Luego, un cuerpo amorfo de pequeña estatura apareció ante sus ojos y, por último, el más horrible y nauseabundo rostro que jamás había visto. Éste era más bien alargado, con arrugas por toda su superficie, también era de un tono grisáceo, y una media sonrisa forzada le daba aún peor aspecto y dejaba al descubierto unos dientes amarillentos casi parduzcos, dirigidos cada uno en una dirección diferente. El cabello, sin embargo, poseía un color muy vivo, un rojo brillante, y permanecía perfectamente peinado sin dejar un pelo suelto a su libre albedrío.

—No tengas miedo Darío —dijo con una voz ronca. Darío respiró profundamente, ahora le temblaba el cuerpo entero y rápidamente, el terror se hizo dueño de su cuerpo.

—¿Qu-Quién eres? —logró balbucear.

—Mi nombre es Gromud, soy uno de los cinco guardianes del tiempo. Cada uno de nosotros es el encargado de que todo se desarrolle tal y como está previsto en su intervalo: Pasado, Ayer, Hoy, Mañana y Próximamente. No te diré cuál de ellos soy porque no podemos decirlo. Sin embargo, sólo te contaré una cosa antes de marcharme: “Cualquier cosa que hagas o intentes hacer tiene sus repercusiones, un cambio en alguno de los tiempos implica una o varias consecuencias en todos los demás. Así que no actúes a lo loco y ten presente que las cosas son como son y como tienen que ser.”

Todavía con miedo, pero ahora con la cabeza llena de preguntas sin resolver, vio como aquel extraño ser, que se hacía llamar Gromud, se desvaneció delante de sus narices. Detrás quedaron preguntas como: ¿De dónde vienes? ¿Es esto cierto? ¿Me estoy volviendo loco? Para pasar a convertirse en otras del tipo: Entonces, ¿qué se supone que tengo que hacer ahora? ¿Podré moverme ya?

Empezaba a dolerle la cabeza de pensar en todo lo que había ocurrido cuando cayó en la cuenta de mirar a su alrededor. ¿Seguiría todo igual? La respuesta, obviamente, era que no. Ya no estaba cada uno en su sitio, sino que los cuerpos de todos los viajeros se amontonaban en un lado del vehículo, concretamente en el que estaba en contacto con el suelo.

—Esto parece más normal —pensó. A continuación vino lo peor, al mirar a sus caras, éstas expresaban prácticamente el mismo terror que había sentido Darío hacía tan sólo unos minutos. Los ojos de cada uno estaban abiertos, con la mirada perdida en un infinito común para todos, y a la vez ajeno al de los demás.

Sin saber bien por qué, Darío comenzó a llorar. Al principio no estaba seguro por qué lo hacía, pero luego descubrió que bajo esa masa de cuerpos, un gran charco de sangre teñía el lateral del autobús. No podía ser él el único superviviente, no era justo. ¿Justo para quién?

Tenia esta pregunta resonando en su cabeza, cuando abrió los ojos. Aún seguía sollozando cuando una nueva realidad embargó todo su cuerpo. A pocos centímetros de su cama, la radio-despertador despedía una leve cancioncilla que en esos momentos sonaba en su emisora favorita. Le costó interpretar lo que estaba pasando, ¿había sido sólo un sueño? Pero parecía tan real... Miró la hora, iba justo. Poco a poco se fue desperezando y, convencido de que había sido únicamente un mal sueño, se levantó de la cama, se vistió sin ninguna prisa y desayunó un par de tostadas con café como la mayoría de los días. Antes de salir por la puerta, cogió su cámara de fotos, su cuaderno y un bolígrafo y salió por la puerta, arrastrando su cuerpo por lo mal que había descansado y con el pelo un poco revuelto.

Con la mirada perdida y sin pensar en nada en concreto, subió al autobús que le llevaría a su destino. Delante de él, una chica con un suéter amarillo hablaba con otra acerca de la serie que había visto en la televisión la noche anterior. Sentado unos sitios más atrás, un señor mayor con una gorra movía insistentemente las piernas mientras, con nerviosismo, hacía círculos con los pulgares. Por último, antes de sentarse se fijó en un niño, no tendría más de nueve años y ahí estaba, con una mochila, que probablemente le doblaba en peso, dirigiéndose hacia su colegio...



Presentado bajo seudónimo como: Gromund

BELENCETA

La oscuridad que envolvía esa noche la ciudad no era problema para que la atenta mirada de Belenceta escudriñara el horizonte en busca de algo fuera de lo normal. Parecía que la luna presagiara lo que estaba apunto de ocurrir y se hubiera escondido intentando ignorar el baño de sangre que cubriría las calles de la ciudad. El viento y la lluvia se mezclaban azotando su ondeante cabello a la vez que una lágrima se deslizaba furtiva por su mejilla mientras evocaba difusas imágenes de su niñez, retazos de violencia y desesperación que no podía borrar de su mente: el asesinato de sus padres, las reiteradas vejaciones a las que fueron sometidas ella y sus hermanas y la pérdida de la única persona a la que realmente había querido. Ocultaba su rostro tras una máscara y su corazón tras un tupido velo de odio; el deseo de vengarse de todos los que le habían hecho daño la había consumido por completo, obligando a que toda su vida girara en torno a ese cometido. Lentamente llenó sus pulmones de aire y pausó su respiración ayudando a que sus sentidos se mantuvieran en una alerta felina. Suavemente acarició su catana y recordó como gracias a ella no se había vuelto a sentir igual que aquella chiquilla desprotegida de su niñez. De repente el estridente sonido de unas sirenas le sacó de su letargo y le puso alerta. Con un rápido movimiento cogió el impulso suficiente para poder saltar al vacío desde su atalaya a la vez que extendía los brazos intentando equilibrar su peso para amortiguar la caída, la esbeltez de su cuerpo hacía que se deslizara sigilosa y ágil hasta su destino. Apenas sus ligeros pies rozaron el suelo, como impulsada por un resorte, comenzó a correr hacia el lugar de donde procedían las alarmas al mismo tiempo que desenfundaba su afilada arma y se preparaba para el combate cuerpo a cuerpo. Cuando llegó, la policía estaba atendiendo a una joven exhausta que intentaba ocultar su desnudez con una raída manta que le habían proporcionado; su cuerpo estaba cubierto de heridas y cardenales y los sollozos le impedía hablar. Con solo ver esa imagen, Belenceta supo lo que había ocurrido y una ira efervescente comenzó a invadir todo su cuerpo; la solitaria lágrima anterior se transformo en todo un torrente que la impulsaba a clamar venganza. Otra vez había ocurrido, esos endiablados monjes habían vuelto a aprovecharse de la debilidad de las pobres gentes a las que tenían aterrorizadas, amenazadas con la ira y el castigo de un malvado dios que nunca parecía estar satisfecho. Un par de calles más allá encontró a un hombre corpulento imbuido en el negro hábito de la orden y cual felino, se aproximó a su víctima. Antes de que éste pudiera notar la presencia de la alta silueta femenina que le acechaba, Belenceta descargó sobre el una sola estocada que bastó para separarlo en dos. Fría como el hielo se volvió hacia el cadáver para observar el fruto de su actuación: un gran charco rojo se extendía poco a poco bajo las dos mitades separadas del cuerpo agonizante. Sin limpiar los restos de sangre de la catana, la enfundó para poder continuar su ronda de esa noche; al fin y al cabo todavía quedaban muchas horas de oscuridad por delante y no todos los culpables habían sido castigados. En su interior sabía que hasta que no acabara con el corazón mismo de la secta no terminarían los crímenes, y aunque su oscuro líder desapareciera, probablemente volverían a resurgir de sus cenizas, pero eso no impedía que en lo más profundo de su ser ansiara la venganza. Tranquilamente dirigió sus pasos de nuevo a su atalaya para seguir vigilando la noche, tenía una misión que llevar a cabo y nada la iba a distraer.

Presentado bajo seudónimo como: María

ENTRE EL CIELO Y LA TIERRA

Naciste en tiempos tan lejanos que ni siquiera eran de Maricastaña, en una cuadra de tu casa (natal, obviamente) en La Fuente de San Esteban, provincia de Salamanca. Pero no estabas rodeado de cirujanos, ni enfermeras, ni parteras. Es decir, que tu madre no tenía ninguna ayuda a la hora de que dejaras de hacerla parecer una mujer que se había tragado un balón. Fue un parto duro, en el que nació un hombre con una personalidad dura, que le serviría para hacer frente a una vida más dura todavía. Debajo de tu brazo no había ningún pan, lo que había era, y perdóname que te lo recuerde pero la realidad es así, algún que otro excremento de cerdo. No te tiene porque desprestigiar eso, no te pienses mal. Así fue tu nacimiento, abuelo, tal y como me lo relataste en el banquete de una boda en la que por circunstancias ajenas a ti (ese vino tinto de la Rioja, tu perdición), estabas más hablador de lo normal. Y así redacto yo ahora, a mi manera, cómo comenzó la vida de Marcelino García un 20 de enero de 1924.

Bien es cierto que la bisabuela tuvo que sufrir lo indecible para darte a luz, porque pocas personas conozco yo que tengan tanta cabeza como tú (en los dos sentidos de la palabra). Fuiste, como me repetías hasta la saciedad, el primero de la clase. “Cuando los demás empezaban a andar, yo ya sabía sumar dos y dos”, fue lo que me dijiste cuando te conté que me había aprendido las tablas de multiplicar. ¿Y eso de “Yo, en clase, era como tú, siempre de los primeros.”? La de veces que habré oído esa sentencia tan rotunda. Al final, casi me llegué a enfurruñar, porque resulta que yo quería alardear de notas y el que acababa hablando de su época colegial eras tú, que si antes no había tantos países, que si la historia se contaba de una manera diferente, que si os tocaba memorizaros la lista de los reyes godos (te recuerdo recitándomelos uno por uno desde Fritigerno hasta Rodrigo, mientras me mirabas fijamente a los ojos). ¡Qué hombre! Que a los setenta años todavía la recordaras es una de las cosas que más me han sorprendido a lo largo de mi vida, y eso que me he topado con millones de situaciones. Y lo mismo te digo cuando me preguntabas qué era un metro.

- ¡Pues qué va a ser un metro, abuelo! Cien centímetros. – pero no tenía ni idea. Hay que ver. Doctor en Ingeniería de Minas con distinción Summa Cum Laude, y no sabía la definición exacta del metro.

- Un metro es, y a partir de ahora acuérdate, Marcos, la diez mil millonésima parte del cuadrante del meridiano terrestre comprendido entre el Polo Norte y el Ecuador.

Boquiabierto me quedé. Cierto es que ahora habría que matizar un poco, que ahora resulta que un metro es la distancia recorrida por la luz en el vacío durante $1/299\,792\,458$ segundos. Pero todavía es más cierto que tú eras y eres, creo yo, un fuera de serie.

Hasta los catorce años fuiste a la escuela, y en ese tiempo aprendiste más que muchos de los chavales que ahora tienen la oportunidad de disfrutar de una educación digna y pública. Es más, me atrevería a decir, arriesgándome a que esta carta llegue a manos de quien no debiera, que tu capacidad intelectual fue, es y será superior a la de muchos que incluso hayan accedido a la Universidad. A clase ibas, según me contaron, sobre todo feliz, nunca se te quitaba la sonrisa de la boca. Y además, tú fuiste uno de los pocos que aprendieron algo, como me recalcabas a menudo. La pena es que en un día funesto para muchos, y especialmente para nuestra familia, la guerra civil española se cobró la vida de tu pobre padre. Sí, fue en esa guerra en la que no hubo vencedores y vencidos, en la que sólo había perdedores como tú proclamabas, en la que el Cabo García tuvo la mala suerte de ponerse a tiro de un enemigo. Y ello hizo que tú, siguiendo los pasos de tus hermanos mayores (que en paz descansen), te pusiste a tirar de la familia. Empezaste ayudándole al señor Tello con los burros, que si para aquí, que si para allá, arre, so... para ganar cuatro perras. Aunque creo que en aquella época, si haces memoria, no llegaría ni a eso.

Sabes de sobra acerca de mis creencias o de mi falta de ellas, pero como tú siempre has sido un creyente devoto, de esos de ir a misa todos los domingos y rezar antes de las comidas, me permito poner que gracias a Dios (esta es la palabra a la que yo quería llegar, que nunca nos deja de sorprender), nunca tuvisteis que pasar hambre. Cada hermano colaboraba, algunos ya tenían trabajo estable y todo, en el campo o en la carpintería. Y tú también hacías lo que fuera por ayudar a tu sufridora madre. Unos años más tarde te empleó el vecino de al lado, al que más tarde llamarías suegro. Necesitaba un peón para ayudarles a reconstruir una casa que se caía literalmente a pedazos, y allí estabas tú. Por todos era sabido en el pueblo que el hijo menor del Jesús “el soldado”, el “Marcelinico”, era un aficionado de los trabajos manuales. Siempre que alguien en el pueblo necesitaba que le arreglaran un enchufe, que les colgaran un cuadro, que les pintaran algo, te buscaban, porque de sobra conocían tu habilidad, destreza y maña en eso de la albañilería, y no les cobrabas nada. Como tú bien me comentaste, desde que tenías diez añitos ya andabas jugando con las herramientas de tu tío, el albañil. Y con él fue con quien empezaste a trabajar en la casa de los padres de Serafina, aquella muchacha de ojos negros como el tizón y un cabello castaño que te tenía enamorado. Poco necesitaste para que ella también sintiera un gran afecto por ti, me dijo ella un día de confesiones mutuas. Y la chispa del amor se encendió, mientras las chispas de la Segunda Guerra Mundial se iban preparando. Un día en el que, casualidades del destino, os encontrasteis solos en la casa, y os besasteis. Ambos coincidís en que fue un beso muy diferente al que se ve en esas películas americanas modernas que tanto odias, pero fue un beso comprometedor. Al año siguiente presumíais los dos de una alianza en el dedo anular de la mano izquierda. Sé que ahora, mientras lees esto, lo estarás mirando y diciendo “¿Cómo un cacharro de metal puede significar tanto para mí?”. La respuesta la conoces muy bien, ese anillo es lo que te recuerda y recordará siempre que te casaste con la mujer que querías, con esa misma con la que al principio te daba vergüenza hasta hablar. Me decías que una vez que tu madre falleció, la familia se destruyó. Por eso seguiste trabajando para mantener tu nueva familia, formada únicamente por ti y la abuela Serafina, y como viste que una familia tiene que tener más miembros, como buen albañil no tardaste en ponerte manos a la obra y al año nació Francisco, más conocido como mi padre. Se ve que con eso del frío y de que por aquel entonces no había ni películas del oeste ni documentales de esos que tanto te gustan a ti en la televisión (básicamente, porque por aquel entonces no había llegado a nuestro país ese invento diabólico), vosotros os acostabais pronto. Y fruto de eso nació la tía Ángeles. Había familia que cuidar, y el trabajo os dejaba muy poco tiempo. Tú trabajabas en la fábrica, como bien decías tú y hacías que me riera sin parar, treinta y seis horas al día. Y la abuela, hora más, hora menos, hacía las veces de sirvienta en las casas de los que tenían el dinero (y por lo tanto, el poder) en el pueblo. Visto el panorama, decidisteis que no tendríais más familia, que bastante teníais con llevar todo aquello. Tú seguías en la fábrica, y ascendías puestos como el que come pipas. Cuando mi padre tenía 10 años ya eras el jefe de los albañiles de la fábrica. Continuaste con tu labor allí, hasta que te jubilaste (muy joven, demasiado incluso), y te pudiste tomar la vida más tranquila con los tuyos. Como eres un culo de mal asiento, no pudiste estar sin hacer nada, y te metiste a hacer chapuzas por tu cuenta. Te iba tan bien que al final tuviste que necesitar ayuda, y decidiste buscar en casa. Mi padre no podía, porque ya estaba estudiando para la oposición de Historia. Y con la tía ni probaste suerte, porque por aquel entonces ya no se hablaba con la abuela. Así que al final desechaste tu sueño de jubilado de tener tu propia empresa y seguiste haciendo algunas chapuzas menores a tus amigos y compañeros. Creíste entonces que tu vida no daría ningún giro más, hasta que la tía Ángeles se fue a Perú y la perdisteis de vista para siempre. Me confesaste en una de nuestras conversaciones íntimas, de esas que teníamos cuando hacíamos que montábamos esas estanterías en el garaje (que en realidad se montaba en un visto y no visto tu amigo el carpintero), que tu vida era pura rutina en aquella época. En lo profesional, cada vez tenías menos ganas de colocar fluorecentes o alicatar baños, y en lo personal, la abuela no era la misma desde que le fue diagnosticada la diabetes. Me llegó al alma que me dijeras que lo que cambió aquella monotonía fuera mi nacimiento.

Dijiste que aquel día fue la primera vez en mucho tiempo que ibas al hospital alegre, feliz. Cuando llegaste, te encontraste que a mi madre el bombo le había desaparecido, y resulta que lo había cambiado por un niño feo y gordito. Nada más verme, la mayoría me miraron curiosamente y dijeron que era tu viva imagen. Tú me desafiaste con la mirada y no abriste la boca. Era el comienzo de una amistad que traspasa la frontera nieto-abuelo. Con el tiempo, nos fuimos llevando cada vez mejor. Tú me animaste y al cabo de largos años de estudio, saqué buenas notas y pude hacer lo que a ti no te dejaron las circunstancias: fui a la universidad, para hacerme ingeniero. Siempre hacías el chiste de que a pesar de ser ingeniero, no tenía nada de ingenio, y todos nos reíamos, pero en el fondo me apreciabas, casi tanto como yo a ti. Este aprecio es la razón de que cuando leíste en el periódico la noticia titulada "Fallece en accidente de coche el prestigioso Ingeniero Marcos García" dijeras que la vida ya no tenía sentido. ¿Pero cómo que no tiene sentido, abuelo? Yo me he muerto, qué le vamos a hacer, pero tú tienes que disfrutar todo lo que puedas, que vida no hay más que una. Yo ahora estoy viviendo la prórroga, aquí, entre conocidos tuyos. Tranquilo, sólo están los buenos, me han comentado que Hitler, Mussolini y todos esos viven algunos pisos más abajo. En el cielo se vive de santísima madre, es más, yo me he hecho creyente desde que estoy aquí. A lo mejor será porque jugar al póker con Dios conlleva sus riesgos, y como no tenía nada que apostar me la jugué. Tenía un full, estaba claro que había que arriesgar. Además, él se había jugado el Vaticano. Pues al final, resulta que el tío tenía escalera de color, por lo que me da que no seguiré siendo tu ateo preferido. Bueno, te tengo que dejar que seguimos jugando. Por cierto, que dice éste (Dios) que disfrutes de la vida en la tierra, y que nos vemos dentro de unos años. Recuerdos para todos, de parte de Marcos y también de Dios.

Presentado bajo seudónimo como: Rd Crack



Edición especial noviembre 2007
Delegación ETSI Aeronáuticos
Tlf: 91 336 62 96

Tus artículos a: aerorredactor@gmail.com
<http://servidor-da.aero.upm.es>

